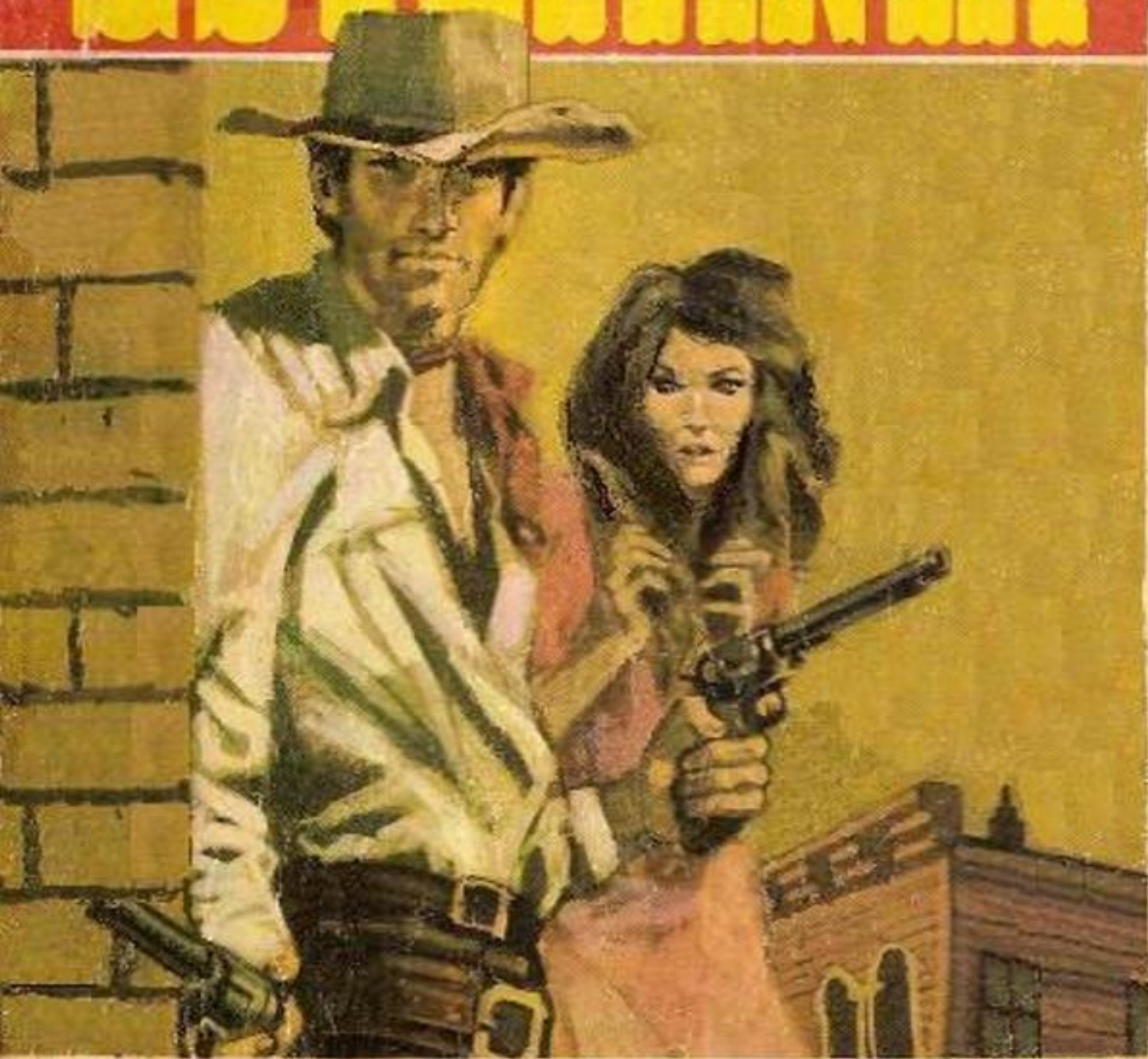


SERIE
BRAVO
OESTE

Marcial
LAFUENTE

ESTREPIANTA



MAS RAPIDO ES EL ▶ Lectulandia

El jinete consultó el dinero que le quedaba, antes de entrar en el pueblo. No llegaba a ocho dólares. Oprimió con sus rodillas al bruto que montaba, y éste siguió su camino sin prisa. Hacía más de dos meses que no encontraba el menor rastro que la persona que buscaba y que escapó de su lado sin decirle nada, cuando se había encariñado con él. Había sido su compañero por una temporada y nunca le había preguntado una sola palabra de su vida pasada, aunque ya conocía el Oeste lo suficiente como para saber que no quería referirse para nada a ella. En cambio, él era locuaz. Habló de sus cosas que le llevaron a tantas millas de su tierra: Virginia. Muchas veces, mientras cabalgaba en los tres años que rodaba por la tierra de que tanto oyera hablar cuando era muy jovencito, pensaba en los que había sido su vida anterior y la que llevaba.

Lectulandia

M. L. Estefanía

Más rápido es el Colt

ePub r1.1

Titivillus 23.01.15

Título original: *Más rápido es el Colt*

M. L. Estefanía, 1953

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

El jinete consultó el dinero que le quedaba, antes de entrar en el pueblo. No llegaba a ocho dólares.

Oprimió con las rodillas al bruto que montaba, y éste siguió su camino sin prisa.

Hacía más de dos meses que no encontraba el menor rastro de la persona que buscaba y que escapó de su lado sin decirle nada, cuando se había encariñado con él.

Había sido su compañero por una temporada y nunca le había preguntado una sola palabra de su vida pasada, aunque ya conocía el Oeste lo suficiente como para saber que no quería referirse para nada a ella.

En cambio, él era locuaz. Habló de sus cosas que le llevaron a tantas millas de su tierra: Virginia.

Muchas veces, mientras cabalgaba en los tres años que rodaba por la tierra de que tanto oyera hablar cuando era muy jovencito, pensaba en lo que había sido su vida anterior y la que llevaba.

Nadie podría conocer en este sucio vaquero de barba abandonada y camisa incolora al elegante y estudioso Marlon, ídolo de los compañeros de universidad.

Un exceso de orgullo le llevó a abandonar Richmond, para buscar en las lejanas tierras del oro y de la plata la fortuna que le permitiera volver junto a la mujer amada, de una manera digna.

Estaba seguro de que ella se sentiría dichosa si él aceptaba la ayuda que podía darle, casándose. Estaba muy enamorada de él.

Marlon sabía que no era culpa de él lo sucedido en los negocios del padre que le llevaron a la más completa ruina, pero no permitió que los socios embarcados en sus empresas perdieran un solo centavo. Para ello vendió hasta el último objeto de valor que había en las varias casas que tenía.

Su orgullo evitó que aceptara la desinteresada ayuda de la mujer que le amaba y a la que quería con toda su alma. Ayuda que le hubiera, servidor para, en unos meses nada más, terminar la carrera y estar en condiciones de ganar para sostenerla de una manera humilde, pero de su esfuerzo.

Y la verdad había sido que en los tres años que llevaba por el Oeste no había sacado más que un gran conocimiento de los asuntos ganaderos y del «Colt», para lo que, según su amigo al que buscaba, tenía condiciones tan extraordinarias por sus características personales de dominio de la voluntad, que podría llegar a ser el pistolero más rápido de aquellos tiempos.

Y como decía Milton, el amigo de referencia: Sería el más peligroso, porque nadie podría concebir que con aquel cuerpo tuviera tales condiciones.

Se encontró en la plaza del pequeño pueblo cuyo nombre ignoraba, sin darse cuenta de ello, ensimismado como iba en sus pensamientos.

Le llamaron la atención los gritos de entusiasmo de un grupo de hombres que hacían círculo.

Sin desmontar, se acercó para ver qué era lo que motivaba tales gritos.

En el centro del círculo había un hombre muy fuerte peleando con otro que no hacía más que recibir un terrible castigo.

—¡Basta ya, Buddy! —gritó uno—. ¡Tiene bastante!

—No se atreverá a repetir lo que ha dicho... ¡Ahora, vamos a beber! Yo invito.

El golpeado quedó en el suelo, restañando la sangre que salía de sus heridas, y mirando con odio a los que marchaban.

En el acto fue atendido por otros vestidos de *cowboys* como él.

—¡Es demasiado fuerte! —dijo el herido—. ¡Si no es por Frank, termina conmigo!

Marlon, encogióse de hombros, se acercó a la puerta, del bar que se veía frente, a él y desmontó.

Estaba cubierto de polvo. Sacudió su ropa y el sombrero, y entró en el local.

El mostrador estaba lleno de clientes. Todos los que había visto segundos antes en la plaza se hallaban allí.

Felicitaban al vencedor de la pelea, que se sentía halagado y miraba, orgulloso a sus compañeros y admiradores.

—Hace tiempo que quería convencerse de que era superior, a mí —decía— y le ha costado una buena paliza.

—Puede que no se someta, y trate de que continúe con las armas —advirtió uno.

—Tampoco lo hará. Me conoce en ese aspecto —dijo, con vanidad, el triunfador.

—No debemos perder mucho tiempo. Hay que seguir con la manada —sugirió el que ordenara que cesara la paliza.

Ello indicaba que era un ganadero y Marlon veía la oportunidad de trabajar otra temporada para no agotar su último centavo.

Y se acercó a él, para decir:

—Perdone, amigo; pero por lo que oigo parece que es el dueño o encargado de una manada y busco trabajo. ¿No podría admitir a un conductor más?

Dejaron de hablar todos para mirar a Marlon.

—No es corriente, y tú lo sabes si eres conductor, admitir en ruta a ningún hombre —objetó el dueño de la manada.

—Cierto, pero también sé que un equipo, en la ruta, no siente el exceso de conductores porque uno más se una al mismo.

—Te han dicho que no hace falta —intervino el que acababa de dar la paliza al de la calle.

—Perdona. Había creído que era éste el dueño. Ya veo que me he equivocado.

Y Marlon se encaminó al mostrador, que estaba muy cerca.

—¡Soy yo el dueño! —exclamó el otro—. Pero éste es el capataz del equipo.

—No creo que tengas que darle explicaciones —protestó el capataz.

—Es que no me gustan las confusiones —añadió el dueño—. ¿Has trabajado antes con algún equipo que sea conocido?

—No hace mucho lo hice con Morris... Es bien conocido. Tiene el rancho cerca de San Antonio.

—¿Por qué le has dejado?

—Reñí con él. Cosas sin importancia, pero mi temperamento es demasiado explosivo. Si le ve en Dodge, puede preguntarle.

—¿No será que te han echado? Me gustaría saber las causas —intervino de nuevo Buddy, el capataz.

—He dicho que he reñido. Y hay una cosa que no hago nunca: ¡Mentir!

—Tu modo de hablar no parece que sea de aquí. ¿Eres tejano? —inquirió el dueño.

—No. Soy de Virginia.

—¿Habéis oído? —exclamó, riendo a carcajadas, Buddy—. ¡Es de Virginia! Todo un caballero... Y se atreve a pedir trabajo de *cowboy*... ¿Sabrá sostenerse sobre un caballo?

—En Virginia hay tan buenos caballos como aquí y puedo demostrar que soy mejor jinete que tú.

Todos los del equipo de Frank Crosby, que era el dueño del mismo, se reían a carcajadas.

—¡No hay sitio para un caballero en el equipo! —exclamó Buddy.

—¿Tienes miedo a que pueda demostrar que soy mejor *cowboy* que tú, verdad? Montando a caballo, la diferencia es enorme... Pero es que sé lazar mejor que tú y hacer todo lo concerniente al oficio como no serás capaz de realizarlo nunca.

—¿Cómo crees tú que se puede demostrar que se es mejor jinete que otro?

Marlon miraba a Frank.

—Creía que usted era de esta tierra —añadió Marlon—. Hay muchos medios de demostrarlo y, si éste quiere, podemos hacerlo. La plaza es espaciosa y se presta a ello. Suponiendo que esté decidido a que demuestre ante todos estos que le halagan y adulan, que no es lo que ellos imaginan.

—Me están dando tentaciones de dejar que Buddy demuestre que no sabes nada de estas cosas, comparado con él.

—¿Y qué importancia puede tener que así sea cuando ha confesado que es de Virginia? —añadió Buddy.

—Eso es precisamente lo que te preocupa —replicó Marlon—. Que sea de Virginia y que pueda demostrar que soy mejor jinete que tú... Acepto toda clase de pruebas que indiques, y por mi parte propondré alguna que no sólo no eres capaz de hacer, sino que no harías por muchos años que pases entre caballos.

—Te gusta hablar como a todos los de tu tierra, pero a mí me nacieron los dientes entre coces de caballos.

—Muchos nacen en los hospitales entre médicos y no saben una palabra de Medicina —ironizó Marlon.

Su naturalidad y franqueza le hacían simpático a muchos de los que escuchaban.

Buddy abusaba de ellos, y les agradaba que alguien se atreviera a responderle como lo hacía Marlon.

—¡Bueno! —dijo Buddy—. Se acabó el hablar. Ya sabes que no hay sitio para ti en el equipo.

—Si no me preocupa ya el entrar en ese equipo. No seríamos amigos y tendría que marcharme como me ha pasado con Morris. Pero la verdad es que no quieres que demuestre que el virginiano es mejor jinete que tú.

—¡Mira, muchacho! —aconsejó Frank—. Conozco a Buddy y creo que sería muy conveniente para ti que no sigas hablando. Puedes recibir una paliza como la que acaba de dar a otro.

—No es motivo de pelea el que diga que soy mejor jinete que él. Sobre todo si no se atreve a demostrar que no estoy en lo cierto, pero con hechos y no con palabras. Y a todos los que escuchan, les queda por lo menos la duda. Pues no ha dicho una sola vez que esté dispuesto a demostrarme que no sé lo que digo.

Era Buddy quien estaba más seguro de que los testigos sonreían burlonamente.

No era una sorpresa para él saber que no le estimaban, aunque le temían.

—Te estás poniendo tan pesado que tendré que darte una paliza después de demostrar que no es verdad lo que dices y que has de aprender mucho para llegar a lo que soy capaz de hacer. Y no podrías repetirlo nunca, porque para eso hay que nacer en esta tierra donde están los mejores *cowboys*.

—Si no has aprendido a montar a caballo mejor que yo no es suficiente para que quieras darme una paliza como a ese muchacho... Pero creo que hasta en esto te encontrarías con una sorpresa.

El cuerpo de Buddy se conmovía por el esfuerzo de las carcajadas, que eran cada vez más estrepitosas.

—No sé si es que eres de verdad un valiente o un loco —dijo—. Porque si me decido a darte la paliza, no dejaré de golpear hasta que no oiga crujir los huesos y que mueras del castigo.

—Pero no dices nada de la demostración de que eres mejor jinete que yo —repitió Marlon—, y eso es lo que, de momento, están esperando todos éstos.

—Creo que no tienes más remedio que demostrar a este loco que no sabe lo que dice —medió Frank.

—¡No está decidido! —añadió Marlon—. Tiene miedo, porque empieza a estar seguro de que toda su fama se va a derrumbar.

—¿Cómo crees que podrás demostrar que eres mejor jinete que yo? —preguntó Buddy.

—Con el criterio y testimonio de todos éstos. Y te juego los ocho dólares escasos que me quedan a que no intentas siquiera lo que yo haga. ¡Aquí está mi dinero para que veas que no son bravatas! Mira, me quedan los bolsillos vacíos. ¡Es lástima que no tuviera más! Es una oportunidad de ganar dinero. Esto te indica que estoy seguro de derrotarte.

—¡Cuidado, Buddy! —advirtió Frank—. Está tratando de ponerte nervioso.

—¡No lo conseguirá! —afirmó Buddy—. Vamos a salir a la plaza y va a demostrar todo lo que está hablando. Cuando le haya derrotado, le daré una paliza de la que se acordará muchos años si es que puede soportarla.

—¿Depositás esos ocho dólares? Tendría que matarte si te negaras a pagar.

—Procura no hacerme perder la paciencia antes de tiempo —aconsejó Buddy.

—¿Vamos? Pero no dejes de depositar ese dinero. No conozco a nadie, pero son *cowboys*. Fío en cualquiera de ellos.

Con estas palabras, demostraba Marlon que conocía la psicología del vaquero.

—¡Es una tontería! Dentro de pocos segundos tendrán que darme lo tuyo también —dijo Buddy.

—Depositá, si no quieres que piensen todos que tienes miedo.

—No te preocupes —intervino Frank—. Yo los deposito por ti. Lo que siento es que no tenga más dinero.

—¿Qué le parece si ponemos cien dólares por mi caballo? —dijo Marlon.

—No hay caballo que los valga —despreció Frank—. Con estas palabras estás dando a entender que no sabes nada de estos animales.

—Si está tan seguro del triunfo de su hombre, ¿qué importa lo que ponga por mi montura? Me parece que no se fía tanto como dice de su capataz. Estamos viendo que admite la posibilidad, por lo menos, de que pueda derrotarle.

Frank estaba nervioso al comprobar que los vaqueros sonreían, mirándose entre ellos de una manera desconfiada.

—Es la oportunidad para ustedes de dejarme sin montura en el centro de la ruta. Pero ya veo que no se atreve. Lo que indica que no está seguro del triunfo de su capataz. Si yo estuviera en el sitio de él, me disgustaría con usted.

—¡Ahora tiene razón este muchacho! —exclamó el capataz, mirando a Frank—. ¡Parece que no cree en mi triunfo!

—¡No digas eso!... Lo que no quiero es admitir que su caballo pueda valer ese dinero.

—Eso es lo que dice, porque no quiere confesar que no está seguro del resultado. Y eso que soy de Virginia... —repetía Marlon, riendo.

—¡Hay que dejarle sin montura! —exclamó Buddy—. ¡Acepto yo!

—¡Poca confianza tiene en ti!... —añadió Marlon.

—¡Diez dólares contra cada uno de tus «Colt»! —exclamó un vaquero, que era muy amigo de Buddy—. Pero tienes que depositarlos antes.

Marlon dejó de reír y miró al que hablaba.

—¿Tienes interés en que esté desarmado? ¿Para qué...? ¡Supongo que todos éstos se han dado cuenta de que eres un cobarde! Aunque supongo que te conocen ya...

—¡Estás complicando tu situación, muchacho! —le advirtió Frank.

—No se puede pedir lo que él ha dicho —opinó un vaquero que no era del equipo.

—Es que él ha solicitado que deposite los veinte dólares —protestó el vaquero.

—Eso es distinto —exclamó otro.

—Van jugados los veinte dólares —decidió Marlon—. No hace falta que los deposites. ¡Te aseguro que pagarás!

—Veo a este muchacho muy seguro y confiado. Me parece que podría darnos una sorpresa y demostrar que es mejor jinete que Buddy.

Frank miró al dueño del equipo del muchacho golpeado por Buddy, que era el que decía esto.

—¿Sabes de dónde es este muchacho? —inquirió Frank—. Acabas de llegar y no conoces cómo ha empezado esto.

—No me importa de dónde sea, pero sí está seguro de su triunfo, me juego mil dólares a favor de él —Marlon reía francamente.

—La mitad para ti, si ganas —dijo el que hablara a Marlon.

—¡Ganaré!... Gracias por el donativo, pero no se atreverá a jugar. No fía en su capataz como éste había creído hasta ahora.

—¿Es que quieres tirar tu dinero? —exclamó Frank.

—¿Aceptas? —sólo dijo el otro.

—No quiero ganarte esa cantidad. Es realmente un robo.

—Para mí, una jugada de ruleta. Pero fío más en este muchacho tan sereno que en la bolita. Di si aceptas.

Capítulo II

Todos estaban pendientes de Frank.

—Es mucho dinero... —vaciló Frank—. Creo que con diez dólares es bastante. No me agrada que me culpes más tarde de este robo.

—¡Mil o confiesa que no te atreves a poner tanto en juego porque no fías en Buddy! —le conminó el otro ganadero.

La mirada de Buddy decidió a Frank.

—¡Acepto, ya que te obstinas en regatearme esa cantidad!

—No estés tan seguro. Me parece que es ese muchacho el que tendrá que agradecerte los quinientos dólares que va a tener dentro de unos minutos.

—¡Cuando demuestre que este cerdo virginiano no puede compararse a mí, hablaremos nosotros! —amenazó Buddy al ganadero.

—¡Veinte dólares por Virginia! —exclamó el golpeado por Buddy.

Y esto fue el comienzo de una serie de apuestas entre los testigos.

Marlon reía. Le hacía gracia cómo aprovechaban aquello para enfrentarse a Frank y sus hombres.

No era cierto que confiaban en él. Lo que querían era demostrar que no estimaban a los otros.

—Parece que en la ruta no se te teme tanto como has creído —dijo Marlon a Buddy.

—No hables tanto y vamos a la plaza.

—¿Qué es lo que vais a hacer para demostrar quién es mejor jinete de los dos?

Marlon miraba al otro ganadero que era el que habló; replicóle:

—Me someto a lo que digan todos, pero después propondré una prueba en la que se demuestre de una manera clara quién de los dos es mejor.

—Puedes empezar por ella —dijo Buddy, sonriendo—. Soy yo el que se somete a lo que digas.

—¡Gracias, pero estoy seguro de que te vas a arrepentir! ¡Son testigos todos éstos de que te has sometido a la prueba que voy a hacer! Primero la realizaré yo para demostrar que puede llevarse a cabo.

—¡No hables tanto!... Y di de qué se trata —se impacientó Buddy.

Estaban en la plaza, y Marlon se dirigió al otro ganadero:

—¿Me deja diez dólares, si tiene, en monedas de a dólar?

—¡Cuando yo digo que no sabe lo que son caballos! ¡Cuando éramos niños todos nosotros, ya cogíamos las monedas del suelo!...

Y se echó a reír a carcajadas.

Pero Marlon las fue colocando en silencio por la plaza, diciendo al fin:

—Eso tendrás que hacerlo ahora y como yo.

Se acercó a su caballo y le quitó la silla.

Buddy se puso pálido y nervioso.

—¿Sin silla? —protestó al fin—. ¡No tienes idea!

—Y al galope sin fallar la recogida de una moneda. Tendrás que conducir al caballo con los pies, demostrando que eres un buen jinete.

Los testigos estaban entusiasmados.

—Si intenta de verdad coger las monedas sin silla, se matará —opinó el ganadero que jugó frente a Frank.

Sentóse Marlon en el suelo y, lentamente, se quitó las botas de montar.

Buddy le miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Frank miraba también a Marlon sin comprender lo que veía.

—¡Tienes que estar loco si intentas agacharte hasta el suelo sin silla!

—¡Esto no es un ejercicio de vaquero! —exclamó Buddy, temeroso.

—¡Es de jinete! —replicó Marlon—. Y lo que se trata de demostrar es quién de los dos es mejor.

Montó, en el caballo y, como había puesto unas piedras junto a las monedas, las estuvo recorriendo con la vista.

Puso el caballo al galope después de dos vueltas por la plaza, y los testigos silbaban de júbilo y entusiasmo al verle inclinarse y volver a alzarse diez veces, sin que fallara una recogida ni cayera en una sola ocasión.

Le rodearon admirados para felicitarle.

Buddy estaba rabioso.

Frank, desesperado porque le costaba mucho dinero la discusión con el virginiano.

—Ahora tú... Que coloquen las monedas donde tú quieras.

—Esto no es ejercicio de *cowboy* —se quejó Buddy.

—Tienes que demostrar que eres capaz de hacer eso. ¿De dónde decías que era este muchacho, Frank? —Inquirió el ganadero—. Nos ha convencido que es el mejor jinete de cuantos estamos aquí... No me importa reconocer que soy inferior a él. Esto que acaba de realizar no lo hacen en el Oeste tres personas, incluyendo los indios. Pero aún falta Buddy. Quizá él nos demuestre que puede repetirlo.

Buddy no estaba dispuesto a que se rieran de él. Sabía que no sería capaz de intentar inclinarse sin silla.

Y de hacerlo, caería para romperse la cabeza y matarse.

—Como no es un ejercicio vaquero, no tengo por qué hacerlo —se negó.

—Está bien —concedió Marlon—. Queda en el ánimo de todos que no te atreves. Pero puedes decir qué debo hacer para convencerte.

Buddy propuso dos ejercicios distintos y Marlon le superó en ellos.

—No hay duda que has sido derrotado —manifestó el otro ganadero.

Los mismos vaqueros de su equipo reconocieron su derrota y pagaron lo que habían perdido en las apuestas.

Frank estaba descompuesto.

No podía dejar de pagar lo que había jugado.

Y él otro ganadero dio a Marlon la mitad, como había prometido.

—¡Tus veinte dólares!... —pidió Marlon al amigo de Buddy.

Éste pagó sin decir nada.

—¡Confieso que nos has sorprendido! —exclamó Frank—. No esperaba que fueras capaz de hacer eso... ¡Yo no lo haría nunca!

—¡Te voy a dar una paliza que no podrás olvidar! —se excitó Buddy.

—¿Cuánto te juegas esta vez? —se burló Marlon—. Ahora tengo dinero.

—¡Te apuesto los quinientos yo! —gritó Frank, contentó.

—Le va a resultar muy caro este capataz —replicó Marlon.

—No te preocupes por ello. Tengo dinero.

—¡Entonces, otros mil! —intervino el otro ganadero.

—¿Es que te has vuelto loco de veras? —exclamó Frank.

—Me gusta la emoción del juego... ¿Aceptas?

—¡Te apuesto cinco mil, si estás decidido a ello! No esperaba me dieras esta oportunidad de desquite. No creas que esto es montar sobre un caballo sin silla. Ahora es problema de músculos.

—Son más fuertes y elásticos los de este muchacho que los de Buddy —opinó el ganadero.

—¡Cómo me gustaría, que te pusieran como tú me has puesto a mí! —exclamó el golpeado por Buddy.

—Le haré más daño que a ti... ¡Le mataré a golpes!

—¡También decías que eras mejor jinete que yo! Ya no te creen como antes. Los de tu equipo, después de la paliza que te voy a dar, no te temerán como ahora.

—¡Calla si no quieres que se precipiten las cosas! ¡He de oír a éste que acepta la apuesta de mi patrón!

—¡Me juego esos cinco mil dólares, Frank! —dijo el ganadero—. Y trescientas reses de nuestras manadas. ¿Hace?

—¡No te comprendo! Conoces, a Buddy y te juegas por un desconocido una verdadera fortuna.

—¿Aceptas? —inquirió el ganadero, riendo—. Tengo una gran confianza en este muchacho. ¡Está seguro de sí mismo y ha apostado los quinientos dólares que le he regalado; bueno, el regalo es tuyo! Eso indica que sabe lo que va a pasar. Ha visto a Buddy pelear con ése... Cuando se enfrenta, es porque sabe que va a vencer también.

—Le está diciendo esto para que se asuste, patrón —le tranquilizó Buddy.

—Ahora no me asusta. Me juego lo que ha dicho.

—Ya podéis empezar —indicó el ganadero.

—No se preocupe. Que vayan sus hombres a la manada de éstos para recoger esas trescientas reses que ha perdido por fanfarrón.

El ganadero sonreía a Marlon.

Éste se quitó el cinturón con las armas.

Buddy le imitó.

Quedaron frente a frente.

—Antes de empezar —habló Marlon—, debes decirme el tiempo que quieres dure la pelea. Terminará en el momento que quieras.

—Eso soy yo el único que puedo decirlo —replicó Buddy.

—Debes señalármelo. Nada de engaños. Concede un tiempo limitado para que estén con el reloj en la mano y en el momento exacto que digas, quedarás sin conocimiento y vencido.

—¡Eres un fanfarrón!

Y lanzó un golpe a Marlon que de cogerle, le habría destrozado.

—Esto es una traición. Estábamos hablando —protestó Marlon, al saltar para no ser alcanzado—. No ha dicho nada de la hora.

—¡Yo te daré!

Pero nuevamente falló.

Frank estaba preocupado. Había en Marlon una movilidad que no permitiría a Buddy golpear como había hecho con otros.

—Dime cuánto tiempo quieres estar en pie —repetía Marlon, burlón.

Varias veces falló Buddy. Esto le enfurecía y le ponía nervioso.

Ni un solo golpe había lanzado Marlon y ya empezaba a preocupar a Buddy, que se hizo más cauto. Adivinaba un peligro.

—¿Te has cansado de atacar? —ironizó Marlon.

—Espero a que lo hagas tú.

—No podrás evitar mis golpes como yo los tuyos. Estás en un terreno que me es completamente favorable. Peso algo menos que tú, tengo más envergadura, y mis brazos y puños son más fuertes que los tuyos. No vas a resistir muchos golpes. Pero me gustaría que dijeras cuánto tiempo quieres estar en pie.

Este modo de hablar de Marlon enfureció de nuevo a Buddy.

—¡Está jugando contigo! —dijo Frank—. Me has hecho perder una fortuna, porque ya no hay duda que té vencerá. ¡No consigues tocarle!

—¡No te preocupes, Frank! Le mataré. Tampoco me ha tocado él a mí.

—¡No lo ha intentado aún! ¡Te está cansando y tú le haces el juego!

Buddy se lanzó en tromba contra Marlon.

Tampoco le pudo atrapar.

Las carcajadas de Marlon le enloquecían:

—¡Eres muy torpe para pelear! —se burló éste—. No te temerán en este aspecto. ¿Verdad? ¡Eres más fácil que un niño!

—¿Por qué no golpeas? —preguntó Buddy, muy furioso.

—Espero que digas el tiempo que quieres permanecer en pie.

—¡No hables y golpea!

—Lo haré, ya lo creo. Tal vez tu patrón puede decir el tiempo que desea dure esta pelea.

—¡Mátale de una vez! ¡Piensa que son cinco mil dólares y las reses! ¡Sigamos, la

mitad para ti! —ofreció Frank.

—Ahora sí que no puedes escaparte —gritó Buddy, con rabia.

Nuevo intento más fuerte que los anteriores de golpear a Marlon.

—Muy torpe. Así estás a mi disposición cuando yo quiera.

—Creo que ha perdido —dijo el ganadero, dirigiéndose a Frank—. Buddy ha encontrado al fin quien le supera en todo.

—¡Tres mil dólares para ti y las reses! —Frank continuó prometiendo a Buddy.

—Eso sí que es ponerse en razón —se burló Marlon—, pero no es fácil de conseguir, ¿verdad, Buddy? ¡Te estás cansando! Debes, reservarte para resistir mis ataques... Piensa que no lo he hecho hasta ahora.

—Porque sabes lo que pasará —dijo Buddy, confiado—. Mis puños son como mazas de hierro.

—Si golpeas el vacío... No sabes pelear. Puede que seas fuerte y que si me dejara atrapar, tus brazos de gorila me harían daño... Pero no lo conseguirás.

Con la cabeza por delante, Buddy se lanzó como una flecha.

Consiguió derribar a varios espectadores, contra los que cayó.

Rodó al suelo con ellos.

—Levántate —dijo Marlon al lado de él—. No está bien que te golpee caído. Porque ha llegado el momento; que esperabas.

Con agilidad de gato, se puso Buddy en pie.

Los brazos y puños de Marlon se movieron con rapidez, astronómica.

El pecho y el rostro de Buddy retumbaban como, un tambor.

Buddy comprendía, demasiado tarde, que aquellos puños tenían una fuerza desconocida para él hasta entonces.

Aunque su peso era mucho, el cuerpo retrocedía a cada golpe y una de las veces fue levantado del suelo por un terrible directo a la barbilla.

Todo le daba vueltas a Buddy y no veía al enemigo.

Se cubrió el rostro con las manos.

Demasiado tarde. Los puños entraban entre los brazos de Buddy para buscar su rostro, que estaba agrietado y sangriento.

Y, al fin, se desmoronó, cayendo como un fardo.

—¡Nos tenía engañados a todos! —se disculpó Frank—. Es un niño al lado de este muchacho.

—¡Y eso que soy de Virginia! —dijo Marlon riendo—. Le ha costado caro este encuentro y el no querer admitirme como conductor.

—Van a ir mis hombres, por las reses, Frank —manifestó el ganadero—. Del dinero entrega mil a ese muchacho. Los ha ganado.

—Tenía ocho dólares nada más y, voy a marcharme de aquí con más de dos mil. Me he ahorrado un año de trabajo. He tenido suerte al entrar en este pueblo. ¿Cómo se llama?

—Dickens.

—¡Bendito sea! Ya no tengo prisa en buscar trabajo.

Frank pagó lo convenido. Marlon se ciñó el cinturón con las armas. Parecía que no hubiera peleado. El vaquero a quien Buddy había destrozado el rostro decía:

—¡No sabes cuánto nos alegra lo que has hecho! ¡Era el matón de la ruta!

—¡Un niño!

—Pero ten cuidado con él porque no creas que ha de quedar conforme. Tenía el orgullo de ser lo que era y querrá resolver este asunto con el «Colt»..., y en eso sí que es peligroso —advirtió el ganadero.

—Puede que también en esto se equivoquen con el de Virginia —dijo Marlon.

El que le había jugado los dólares frente a las armas, intervino:

—No haces más que hablar. Buddy ha cometido la torpeza de no darse cuenta de que eres un traidor. Y si hubiera sido yo el patrón no habría pagado a nadie, esto no ha sido pelear. Has estado escapando todo el tiempo hasta que has sabido sorprenderle y le has golpeado a traición.

—¿Crees sinceramente que vale la pena morir por veinte dólares que has perdido? ... —inquirió Marlon—. Porque veo que estás decidido a usar el «Colt», y te advierto noblemente que, en ese terreno, soy mucho más peligroso.

—¡Basta de peleas!... Lamento lo sucedido, porque me gustaría que trabajaras conmigo —apaciguó Frank.

—Debe dejarme, patrón...

—Lo que hago con esto es salvarte la vida. Este muchacho no es lo que habíamos pensado y estoy seguro de que te matará si insistes...

—Veo que al fin me ha conocido.

—¡Deje que termine con este fanfarrón! —añadió el conductor.

—Obedece a tu patrón y déjame tranquilo.

El otro ganadero se llevó a Marlon con él.

—Ha debido dejarme que le matara —decía el conductor a Frank.

—No creas que he hablado por hablar. Ese muchacho es más peligroso de lo que supusimos cuando llegó.

—Pues no creo que pueda convencer a Buddy cuando vuelva en sí...

—Tiene para una temporada —dijo Frank—. Se ve que los puños de este muchacho son fuertes de veras. ¡Fijaos cómo le ha puesto la cara!

No le veían los ojos y la boca estaba deshecha.

Las mejillas, reventadas por varios sitios, y la barbilla lo mismo.

Le atendieron en el bar.

El del mostrador comentó:

—¡Cualquiera diría que un tipo de Virginia era capaz de hacer lo que él ha llevado a cabo! ¡Cómo ha puesto a Buddy!

Cuando éste abrió los ojos, si es que podía decirse que lo hiciera, buscó a Marlon, y al ponerse en pie para mirar mejor, volvió a caer sin conocimiento entre dolores.

Como se echó mano al costado, Frank comentó:

—Le ha roto varias costillas... ¡Está medio muerto! Si resiste algo más, le mata.

—Y se va a escapar con esos otros —repetía el conductor.

—Es mejor que se vaya sin matarte... Hazme caso —aconsejó Frank—. Sabes que conozco a los hombres. No creas que le estimo más que tú. Me ha hecho perder mucho dinero y, sin embargo, ahora no me atrevería a enfrentarme con él. Estamos un poco influidos por lo que pasó y jugaría con nosotros.

—No ha debido apostar en la forma que lo hizo —decía el barman.

—No podía esperar nada de esto —confesó Frank.

Los que iban con Marlon no hacían más que felicitarle.

—¿Cómo se atrevió a jugar tan fuerte a favor mío? —preguntó Marlon.

—Corazonada. En el juego, me cuesta caro. Ahora he tenido suerte.

—Es que se dio cuenta de que eras demasiado peligroso —dijo un vaquero.

Le invitaron a beber en otro bar para no tener que reñir con Frank.

Algunos conductores se fueron a retirar las reses ganadas al otro equipo.

Capítulo III

Una semana más tarde, entraba Marlon en otra ciudad de las que estaban en la ruta.

Permaneció en ella unos días hasta ver si encontraba algún rastro de la persona que buscaba. No tenía agobios económicos gracias a las apuestas que realizó en Dickens.

Y tres semanas después lo hacía en Amarillo, la capital del Pandhale.

Era ésta la zona en que solían refugiarse los «huidos» de Texas.

Una especie de tabú para los rurales, que terminaron por instalar un fuerte con destacamento al mando de un capitán y un sargento.

Se había entretenido mucho en los pueblos por los que pasara.

Había muchos bares, casi tantos como casas, pues eran pocos los vecinos que no tuvieran establecimiento de alguna clase.

Vivían de las manadas y equipos que iban de paso.

Dominar y mandar en esta ciudad era la máxima aspiración de los cuatrerros, y siempre solía haber uno que, destacando sobre los demás, imponía su ley, ayudado por las armas de su equipo.

Las autoridades eran simbólicas, ya que hacía lo que el reyezuelo de turno ordenaba.

Marlon entró en un bar. Cualquiera. No conocía a nadie y le daba igual uno que otro.

Había oído que, a veces, los equipos que necesitaban conductores hasta llegar a Dodge City tomaban algunos en Amarillo.

Lo que no sabía Marlon era que la mayoría de las manadas cuyos propietarios eran personas honradas, procuraban evitar su paso por la ciudad.

Pero el hecho de estar allí los mejores almacenes de la ruta, les hacía acercarse en busca de víveres.

El bar estaba muy concurrido cuando entró. Quedó sorprendido al oír decir, junto al mostrador:

—¡Pero si es nuestro viejo amigo el virginiano!

Buscó Marlon al que hablaba y reconoció a Frank, que estaba rodeado de algunos de sus hombres.

—¿Sigues buscando trabajo? —añadió uno de los que estaban con Frank.

—No con tanto apuro como antes, pero me agradecería trabajar de conductor, si es que no ponéis en duda que sé montar a caballo —le replicó—. ¿Y Buddy? ¿Se puso ya bien?...

—Será muy conveniente para ti que no te vea por aquí —aconsejó Frank.

—No debe guardarme rencor. Fue él quien me obligó a pelear. Y no es culpa mía que le creyeráis más fuerte de lo que es.

—¡Frank! ¿Es que me vas a decir que hubo alguien que venció a Buddy con los

puños? —se extrañó el que estaba hablando con él.

—Este muchacho le puso el rostro tan deformado que, después de varias semanas, no se ha repuesto del todo. Se pasa los días diciendo que le va a matar si le encuentra. El otro reía a carcajadas.

—¡Se creía el más fuerte de la ruta! ¡Cómo estará de rabioso!

—Pero si ve a este muchacho, creo que habrá terminado...

—No podrá evitar con ello que le haya vencido —dijo Marlon—, y ya no se hablará de él en la forma que lo hacían antes.

—Le has llamado virginiano. ¿Es que eres de Virginia?

—Así es —respondió Marlon.

—¿Y te atreves a solicitar trabajo de conductor? —intervino el capataz del que hablaba con Frank.

—¿Por qué no puedo hacerlo?

—Porque no creo que sepáis en Virginia mucho de ganado, como no sean las gallinas y los cerdos —añadió Bart, el capataz de Walter.

Las carcajadas corearon las palabras de éste.

—Puedes preguntar a Frank si sé montar a caballo —sonrió Marlon.

—Mejor que todos nosotros —dijo Frank.

—Supongo que no estás hablando en serio —dudó Bart.

—Te estoy diciendo la mayor verdad que has oído. Y si es con los puños, no te pongas frente a él. Ya verás cómo tiene el rostro Buddy después de varias semanas. Pudo matarle. Le rompió tres costillas y casi todos los huesos de la boca. Este virginiano no es para tomarlo a broma.

—Parece que tengas deseos de que te demuestre lo contrario.

—No creo que un tipo de Virginia entienda mucho de ganado —opinó Walter.

—Eso es otra cosa —dijo, burlón, Frank.

—Entiendo más que vosotros —aseguró Marlon, sin dejar de sonreír.

—¡No tomaría jamás a un hombre que no sea del Oeste!

—No se preocupe, amigo. Puedo estar sin trabajo una temporada aún. Frank me regaló más de dos mil dólares... Precisamente en la pelea frente a Buddy.

—¿Es eso verdad? —inquirió Walter, interesado.

—Como lo estás oyendo. Estábamos equivocados con Buddy —corroboró Frank.

—Es que no supieron conocerme a mí. Él es como había demostrado. Lo que pasa es que no se habían encontrado con ninguno de Virginia —añadió Marlon.

—¡Frank!... ¡Walter!... ¿Sabéis quién está en la ciudad? —Un nuevo conductor acababa de aparecer en la puerta.

—Estamos hablando con él. Aquí le tienes —dijo Frank.

—No es ése... Me refiero a Milton... ¡Lo he visto!

Marlon vio palidecer a los dos ganaderos.

—¿Es verdad? —inquirió Walter—. ¡Hay que avisar al *sheriff*! Supone muchos dólares ese muchacho. ¡Corre, avisa al *sheriff*!

—Es lo que iba a hacer —replicó el recién llegado—, pero he creído preferible advertiros para, que estéis preparados por si se presentara aquí.

—Avisa al *sheriff* —repitió Frank—. ¡Vale una buena cifra!

—Iremos todos —dijo Walter.

Y cuando se encaminaban a la puerta, quedaron petrificados.

En ella estaba enmarcado un joven casi tan alto como Marlon.

—¡Milton! —exclamó éste, sorprendido y contento.

—¡Marlon! ¿Qué haces aquí? Pero no me distraigas ahora. Estoy frente a unos cobardes.

Walter, temblando, se disculpó:

—¡Sabes que se te aprecia! Estaba admitiendo a este amigo tuyo como conductor. ¡No intervine en nada de aquello, Milton!

—¡Es un cobarde embustero! —rectificó Marlon—. Estaba diciendo que no aceptaría nunca a un virginiano de conductor.

—¡Siempre miente mucho! —dijo Milton—. Ha mentado en todo... ¡Hola, Frank!

—No me mates... No hice nada... ¡Te lo juro!

—¿Son éstos los cobardes a que te referías? —preguntó Marlon.

—Son peligrosos —advirtió Milton—. No te fíes de ellos.

—Ése es el que vino diciendo que te habían visto en el pueblo, y Walter estaba de acuerdo con Frank en que había que avisar al *sheriff* porque vales una fortuna... —añadió Marlon.

—¡Vaya! ¡Mi viejo amigo Kendrick! ¿Eras tú el que avisaba a estos cobardes?

—Para que estuvieran preparados por si venías por aquí... Pero iban en busca del *sheriff* —aclaró Marlon.

—No debes hacerle caso —se disculpó Frank—. No me aprecia porque Buddy no quiso que le admitiéramos de conductor.

—Marlon no miente nunca y tú eres un cobarde. ¿No es cierto, Frank?

—Sí, sí, es cierto. Miento siempre. No puedo remediarlo.

—De modo que ibas a avisar al *sheriff*... —añadió Milton, sonriendo.

—¡No! ¡No!... —exclamó Walter, retrocediendo aterrado—. Tienes que oírnos, Milton. Nosotros no hicimos nada... No... No...

—Estás temblando, Walter. Y esta vez tiembles de veras. No es el truco a que eras tan aficionado, ¿verdad?

—No me mates, Milton. Yo te diré lo que pasó. No puedes creer que yo quisiera hacerte daño.

—No. Ya lo veo. Por eso ahora ibas a avisarle al *sheriff* para que te diera parte de lo que dicen que dan por mí. Como eres amigo mío, intentabas conseguir que me colgaran cuanto antes.

—¡Palabra que no os comprendo a ninguno de los dos! —intervino un conductor de Walter—. Estáis temblando ante este muchacho y eso que somos seis... ¿Es que se come a las personas?

—Este muchacho —replicó Frank— es Milton Forrest.

—He oído que se trata de un pistolero, pero no puede tener más que dos manos y nosotros sumamos doce —añadió el conductor.

—¿Verdad que es otro valiente ese tipo? —inquirió Marlon—. No te preocupes de él, Milton. Es cosa mía.

—¿Crees, acaso, que debo temblar ante un virginiano? —añadió el conductor.

—Si supieras que este virginiano es superior a mí no hablarías así —dijo Milton—. Y pregunta a éstos quién es Milton Forrest. ¡Ya ves que ellos están temblando!

—¡Pero a mí no me asustáis ninguno de los dos! —replicó el conductor, decidido.

—¡No seas loco! —exclamó Kendrick—. No llegarás a la culata del «Colt».

—¿Tratas de obligarle a que se multiplique, Kendrick? ¿Es rápido?

—Te lo demostraré yo cuando llegue el momento. Lo que no me explico es que dos hombres como éstos tengan miedo de un tipo, hasta el extremo de temblar como lo hacen. Confieso que es una sorpresa para mí. Les había supuesto de otro modo.

—No debes culparles a ellos. La culpa es mía. Me conocen bien los dos, y me parece que dentro de poco me vas a conocer también tú.

—Ya te he dicho que no os temo como parece que les sucede a éstos. No creas que eres tú solo el que sabe manejar el «Colt».

Marlon vio que entraba el *sheriff* mirando en todas direcciones y que se fijaba en Milton.

—¡Caramba! —exclamó el de la placa—. ¡Si es Milton Forrest!

—¿Quién le ha avisado que estaba aquí, *sheriff*? —preguntó Milton.

—Nadie... Te conozco bien.

—Eso ya lo sé. Nos conocemos los dos, ¿verdad? ¿Hace mucho que ha dejado de robar ganado?... Ha sido cuatrero desde que no sabía andar aún.

—¿Te das cuenta de que soy una autoridad y que estás reclamado en varias ciudades?

—¡No me asuste, *sheriff*! ¡Acaba de decir que me conoce! ¡Y siendo así, debía evitarse esas palabras!

—Te has metido en una ratonera.

—¿Está usted seguro? —ironizó Milton—. Tiene sus hombres esperando en la puerta para cuando salga, ¿no es eso?...

—Hay gente sobrada en este local para terminar contigo, y que se acabe de una vez la pesadilla de Milton Forrest.

—¿Trabaja ahora como *sheriff* para Clyde? ¡Tengo ganas de verle!

—Ya no verás a nadie —se enfadó el *sheriff*.

—Celebro que el *sheriff* piense así —dijo el conductor—. Es lo mismo que le estaba diciendo yo. Pero estos dos están asustados.

—No creo que Frank y Walter se asusten de Milton sabiendo que estoy yo aquí. Le voy a llevar detenido y...

—¿De veras? —se burló Milton—. ¿Quién tiene la misión de disparar? Usted no

es capaz de hablar así, a no ser que haya alguien preparado para intervenir en el momento preciso. Ha sido demasiado cobarde para ello... ¿Ha oído, *sheriff*? ¡Le he llamado cobarde!

Marlon sabía que Milton hablaba para que él vigilara atentamente a los demás.

Y gracias a este aviso vio moverse a uno de los vaqueros de Walter, al que había mirado el *sheriff* de una manera extraña.

Vaquero que trataba de colocarse en una situación que dominara a Milton por la espalda.

Le vigiló atentamente.

El *sheriff* le vigilaba, pero no sabía nada de Marlon. Por eso su rostro se alegró al decir:

—No hay nadie más que yo, y lo que he dicho de ti es la verdad. Saben en todo el Pandhale que eres un pistolero reclamado. Y es mi misión como *sheriff* detener a quienes como tú han figurado en pasquines de todos los tamaños y con premios variados para quien consiga darles caza.

—Usted es uno de los que sueñan con uno de esos premios, ¿no es verdad?

—No es el premio lo que me interesa.

—Ya sé que lo que más le interesa es complacer a Clyde, que sabe que cuando le vea frente a mí, le mataré. Están aquí algunos que conocen lo que va a pasar cuando nos encontremos. ¿Qué opinas, Walter?

—¡No te preocupes, Walter! Parece que estás un poco asustado. No podrá hacerte daño. Ha cometido la torpeza de meterse en este local —dijo el que antes provocaba a Milton.

Walter y Frank no se atrevían a decir que Marlon era otro peligro con el que debían contar.

—Había creído que Milton Forrest era el más listo —habló el *sheriff*—. He oído muchas cosas de él que así lo demostraban.

—¿A quién? ¿A Clyde? Pues él me conoce bien.

—Debía estar equivocado, porque en esta ocasión te has metido aquí, que es una ratonera para ti.

—¿Qué crees, Frank? ¿Está el *sheriff* en lo cierto al hablar así?

—¡Yo no he intervenido en esto! —gritó Frank.

—¡No le tengas miedo! —exclamó el vaquero.

Marlon vio que el que estaba situado tras Milton consideraba que ya estaba dispuesto, y miró al *sheriff*, que estaba pendiente de él.

—Lo que diga Frank no es lo que interesa, sino lo que yo sé que ha de pasar —añadió el *sheriff*—. Cuando se entere Clyde no lo va a creer.

—¿Se da cuenta, *sheriff*, que hay testigos oyéndole hablar? Está diciendo que sirve a ese cuatrero.

—No hagas frases, Milton. Han terminado tus correrías. He asegurado muchas veces que si cometías la torpeza de presentarte en esta ciudad, no podrías salir con

vida de ella. Y ya ves cómo no me he equivocado... Y vas a morir cuando menos lo esperes.

Y el *sheriff*, al decir esto, miró al vaquero que se había situado tan bien.

Se oyó un disparo hecho por Marlon, y el traidor cayó de bruces, sin vida.

—¡Muy mal hecho, *sheriff*! Es usted un torpe —se burló Milton—. No se dio cuenta de que Marlon estaba pendiente de ése. Siga hablando. Es muy curioso lo que decía de que iba a morir cuando menos lo esperase.

El *sheriff* tenía el rostro como la cera.

Le había fallado la traición y sabía que ahora era él quien estaba en peligro.

—¡No quería decir que iban a disparar a traición sobre ti!

El vaquero que provocaba a Marlon y Milton fue alcanzado por otro disparo de éste.

Walter y Frank pusieron las manos sobre las cabezas sin que nadie les dijera nada. El *sheriff* retrocedía, asustado.

—¡Nada de marchar, *sheriff*! Ha estado hablando de que Milton Forrest no podría salir de la ciudad, si cometía la torpeza de presentarse en ella, y Clyde se sorprendería al saber lo fácil que había sido para el cobarde del *sheriff* terminar conmigo. ¡Lo han oído todos éstos!

—Bueno... Tú sabes que a veces se dicen cosas...

—¡Qué sorpresa! —exclamó Marlon, cómicamente—. ¿Es que tiene miedo el *sheriff*?

—¡No es posible eso! ¡Es el *sheriff* más cobarde de la Unión, pero lo ha preparado todo muy bien!

Milton disparó dos veces.

A la puerta del local había dos comisarios del *sheriff* con las armas empuñadas, pero ya no podían hacer daño a nadie.

Los dos habían muerto.

—¡Eran ayudantes de ese hombre! —dijo Marlon—. Es una pena. ¡No puede contar con ellos!

El miedo del *sheriff* era tan profundo que le resultaba imposible articular una sola palabra.

Miraba a los dos amigos, frente a los que se hallaba.

—Tenéis que perdonarme... —rogó.

—¿Es que se olvida que va a terminar con Milton Forrest, que ha cometido la torpeza de meterse en esta ciudad? —se burló Milton—. No puede defraudar a Clyde. Piense que es capaz de mandar que le maten.

—Me parece que será mejor lo hagamos nosotros. ¿No te parece, Milton?

—¡Es, desde luego, una buena idea! —accedió Milton—. Pero debes pensar que es él quien va a terminar con el pistolero reclamado. ¿Verdad, *sheriff*?

—No debes tomar en cuenta lo que te haya dicho. Es que me gusta presumir ante testigos.

—¿Y por eso estaban sus ayudantes esperando para disparar sobre mí?

—Y el cobarde que he matado y al que hizo señas —añadía Marlon.

—Yo no hice señas a nadie... —protestó el *sheriff*.

—Debiera comprender que es inútil cuanto diga. Ha sido muy torpe.

—No digas eso al *sheriff*, Marlon. ¡Has oído que el torpe soy yo! —dijo Milton—. Él es un hombre inteligente y con un valor enorme. Ha dicho que yo iba a morir cuando menos lo esperase.

—En cambio —replicó Marlon—, debemos preguntarle cuándo quiere morir él. Creo que en esto sí que podemos complacerle.

—Creo que tienes razón —dijo Milton—. ¿Cuándo quiere morir?

El *sheriff* tenía cada vez mayor seguridad de que le iban a matar.

Frank y Walter no bajaban las manos.

Los vaqueros de éstos no se movían.

—Salga delante de nosotros —ordenó Milton.

Pero el *sheriff* no quería ser colgado sin defender su vida. Y en las condiciones en que estaba, no había más defensa que la huida.

Echó a correr y Milton exclamó:

—¡Quieto, *sheriff*!

Éste se volvió con el «Colt» empuñado dispuesto a responder con plomo.

Recibió a la vez dos disparos de cada uno en el rostro. Los testigos miraban a los dos amigos. Walter y Frank temblaban intensamente.

Capítulo IV

—¿Qué os ha parecido? —Milton se dirigía a los dos conductores.

—Quiso traicionaros... —exclamó Walter.

—Lo mismo que vosotros habíais pensado. Lo que habéis hecho conmigo. ¿No os acordáis? ¿Dónde está Clyde?

—No sé nada de él —dijo Frank—. Puedes creerme. Trabajo por mi cuenta.

—Te has hecho ganadero honrado. ¿No es eso?

—Puedes creerlo...

—Si no lo dudo... —se burló Milton—. ¿Habéis pagado caras las reses que lleváis?

—He pagado distintos precios —replicó, tembloroso, Walter.

—¿Y tú? —preguntó a Frank.

—Lo mismo...

—Eso quiere decir que habéis tenido que matar a varios conductores para reunir la manada. ¿No es eso? No podéis referiros a otro precio, ya que no soltáis un solo centavo.

—¡No! ¡No! —exclamó Frank, aterrado ante las palabras de Milton—. Puedo mostrarte los certificados de compra...

Milton se echó a reír.

—Parece que te has olvidado de que estás hablando conmigo.

Marlon estaba pendiente de los vaqueros y éstos lo sabían. Razón por la cual no hacían el menor movimiento.

Pero tenía miedo a que se presentaran los que faltaban de cada equipo y pudieran ser traicionados.

—¿Qué esperamos para castigar a estos cobardes?

Los aludidos pedían perdón a la vez.

—Creo que no debéis temblar tanto. No he decidido mataros aún. ¿Qué os parece si nos hiciéramos socios?

—Puedes serlo... —asintieron los dos a la vez.

—Hemos de ser Marlon y yo. Pero nada de ir juntos. No podría fiarme de ninguno y, como consecuencia, os mataría a las pocas horas de ponernos en camino. Nosotros podemos llevarnos unas reses de cada manada. Estoy seguro de que son robadas. Tenéis que decirnos el nombre de los ganaderos a quienes habéis robado para devolverles a ellos el ganado.

—No creo que trates de fiarte en realidad de estos dos cobardes... —opinó Marlon—. Traicionarán en la primera oportunidad que tengan.

—Les mataría entonces. Es que quiero dejar de estar rodando. Tomaremos vaqueros y conductores y traeremos ganado que adquiramos con el importe de la venta de las reses que, como socios de estos dos, nos anticiparán. Como estoy seguro de que han robado a las manadas en ruta, será a sus verdaderos dueños o herederos a

quienes devolvamos las reses.

—Te aseguro que las hemos adquirido legalmente —dijo Frank.

—De todos modos, me enseñaréis los recibos de venta para saber quiénes son los ganaderos —añadió Milton—. ¿Cuántas reses lleváis cada uno?

—No te dirán la verdad —anticipó Marlon.

Los dos hablaron y, como esperaba Marlon, ambos mintieron.

—Tu manada lleva doble número de reses del que has dicho —exclamó Marlon, mirando a Frank—. Te has olvidado de que las he visto y sé calcular. No importa que haya nacido en Virginia.

—¡Bueno! —terminó Milton—. ¡Quinientas cada uno! Tenemos suficiente para empezar. ¿De acuerdo?

Todo era preferible a perder la vida y los dos sabían que Milton les mataría de no aceptar.

Y se pusieron de acuerdo en entregar al día siguiente esa cantidad de reses.

Cuando los dos amigos salieron del bar, decía Marlon:

—No debiste dejarme sin decirme nada...

—Has oído lo famoso que es mi nombre, ¿verdad? No quería que estuvieras ligado a mí por más tiempo. He de castigar a unos cobardes que han creado esa fama de que gozo.

—No debes fiarte de éstos.

—Quiero que me entreguen voluntariamente esas reses. Tú has venido para demostrar a alguien de Virginia que puedes hacer fortuna y regresar en busca de la mujer que amas, ¿no es eso? ¡Pues aquí está la oportunidad! Compraremos ganado en los ranchos del sudoeste y lo conduciremos a Dodge. No todas las manadas van a ser fruto del robo. Aquellos ganaderos están asustados porque son atacados y robados en el camino. Para salvar la vida, entregan las reses que les piden y dan recibo de venta como si hubieran recibido la cantidad estipulada en esos papeles. Ha de llegar un día en que terminen con los cuatreros, pero no será sencillo mientras viva Clyde, que es el que organiza y dirige a los grupos de ladrones que trabajan para él. No es a estos dos a quienes robamos esas reses. Es a Clyde y es lo que me alegra. Quiero obligarle a que se presente, aunque no lo hará si sabe que soy yo el que está frente a él.

—Pero ¿es que crees que te van a dar estas reses? ¡No seas iluso!

—Me conocen los dos y saben que les mataré de no hacerlo. De momento lo harán. Aunque en el camino tratarán de recobrar ese ganado y de matarnos a los dos; pero eso es cuestión nuestra evitarlo.

—¿Y cómo vamos a llevar nosotros solos mil reses? —añadió Marlon.

—Hemos de buscar conductores que se presten a cobrar una vez en Dodge cuando esté vendida la manada.

—Nos engañarán. Y no podemos viajar horas y horas pendientes de que nos traicionen —opinó Marlon.

—No creas que todos los conductores son ladrones.

Hablaron mucho sobre esto y entraron en otro local para beber con más tranquilidad.

Marlon demostraba conocer mejor que Milton a los dos granujas que se habían comprometido a entregar las reses.

Cada uno por su parte, buscaban la solución para terminar con Milton sin necesidad de hacer entrega de lo que se habían comprometido.

Walter decidió visitar el fuerte de los rurales. El nombre de Milton Forrest era demasiado conocido para ellos.

Pero ante el temor de que también le reconocieran a él, envió a uno de los conductores de su equipo, que hacía el primer viaje en la ruta.

Al presentarse en el fuerte, dijo que quería ver al capitán.

Y no tardaron en llevarle a su presencia. El capitán le miraba atentamente.

—¿Qué es lo que quieres de mí, muchacho? No te conozco. ¿Conductor?

—Sí —replicó el interrogado—. Voy con un equipo al que se quiere robar.

—¿Cómo se llama el dueño? —inquirió el capitán.

—Walter Door.

—¿Dónde tiene el rancho?

—Por el Nueces... Trae reses de sus vecinos.

—¿Por el Nueces? ¿Estás seguro? —añadió el capitán.

—¡Completamente!

—¿Y cómo sabes que os van a robar? Ha debido venir el dueño a verme. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Tiene miedo a que le vean acercarse al fuerte. Se trata de Milton Forrest, el pistolero...

—¿Milton Forrest? ¡No creo que sea conocido por aquí!

—Está reclamado por varias ciudades... Especialmente en San Antonio y Dallas.

—Muy lejos de aquí... —dijo el capitán, pensativo—, pero vamos, dime qué es lo que pasa.

El conductor estuvo hablando.

—Así que le ha pedido quinientas reses —comentó el capitán cuando el conductor hubo acabado—. ¡Bonito golpe! ¿De qué conoce tu patrón a ese Milton para que le tema tanto? Lo que habló en el *saloon* da a entender que son viejos amigos... ¿Estabas en el bar cuando se encontraron?

—No. Yo estaba cuidando de las reses.

—¿Cuántas reses?

—¡Unas tres mil!

—¿Os ha costado mucho trabajo haceros con ellas en el camino?

El conductor miró con miedo al capitán.

—Ya le he dicho que compra a sus vecinos.

—Tú andas entre las reses, ¿verdad? ¿Quieres decirme los hierros que llevan?

Sobre esto no había sido instruido el conductor y dijo la verdad ante el temor de

que fueran a comprobar. El capitán sonreía.

Había anotado en un papel los hierros señalados.

Hizo llamar a uno de los agentes y al sargento.

El conductor empezaba a ponerse nervioso.

—Este muchacho forma parte, del equipo de un tal Walter Door que es un ganadero del Nueces —dijo el agente—. ¿Conoces a ese ganadero?

—¡No hay ninguno de ese nombre en la región del Nueces! —respondió el agente.

—¿Estás seguro? —añadió el capitán.

El conductor empezaba a darse cuenta de que estaba metido en un lío.

—¡Completamente!

—¡Conozco a Walter, capitán! —intervino el sargento—. Iba con Clyde hace algún tiempo. Formaron varios grupos, más todos ellos dirigidos por Clyde. Es un cuatrero, pero no hay medio de demostrarles nada, porque los ganaderos, asustados, entregan recibos de compra. No trate de detenerle, porque probará que las reses que conduce son suyas. Tenemos que sorprenderles atacando a las manadas. Pero tampoco esto sucede. Mandan a un emisario. Este habla con el dueño. Y como saben que es verdad lo que se les dice, entregan las reses voluntariamente, ya que de este modo salvan la vida y parte de la ganadería. La mayoría de las reses que entregan en Dodge tienen esta procedencia.

—¿Conocen estos hierros?

Y el capitán mostró los señalados por el conductor.

—¡Son todos ellos del río Rojo! —exclamó el sargento—. Walter tiene esa ruta. Es Frank el que tiene la de más al sudoeste. También está en la ciudad.

—Ha venido este muchacho para que impidamos que sean robados. Parece que un tal Milton Forrest ha pedido prestadas quinientas reses...

—Venía a informarle de ello cuando me han avisado que usted me llamaba —dijo el sargento—. ¿Sabe lo que ha dicho Milton? Que piensa devolver esas reses a sus verdaderos dueños. Está seguro de que son robadas por Walter. Lo que se propone es hacerse conductor, pero comprando de veras las reses que conduzca. Le aseguro que no es mala persona. Han sido Clyde y estos ayudantes suyos los que le han creado la fama que goza. Sé que les busca para eliminarles. Si me permite un consejo, debemos ayudar a Milton. Va a buscar conductores. Hay que facilitarle unos agentes que vayan en tal condición. Es lo que quería pedirle. ¡Claro que para ello, éste debe quedar detenido aquí! El conductor estaba asustado.

Pero no sabía nada de los recibos pedidos a los ganaderos y por lo tanto no valía como testigo de cargo. El capitán estuvo de acuerdo.

Los dos opinaron que si el conductor no regresaba al equipo, sospecharían la verdad.

Y supieron «trabajar» a éste para que les ayudara, a cambio de una seguridad por su parte de que nada le pasaría.

Y el conductor estuvo de acuerdo.

Prefería estar al lado de los rurales, que no frente a ellos.

La verdad era que no sabía que las reses que llevaban eran producto del robo. Pertenece a los hombres que Clyde aconsejaba se llevaran en el equipo para cuando los rurales les abordaran.

Creía, hasta entonces, que Walter era una buena persona y un ganadero honrado. A estos hombres no les dejaban ir a las ciudades con ellos.

Por eso, cuando el conductor se reunió con Walter en el equipo, éste sonreía.

Frank había buscado otro medio de resolver la dificultad.

Una buena oferta a pistoleros escondidos en la ciudad, le iba a librar de Milton y de su amigo.

Para los pistoleros, aparte del dinero, que tenía una gran importancia, estaba la vanidad, de poder demostrar que eran superiores a Milton Forrest, del que habían oído hablar a muchas millas del Pandhale.

Bebieron juntos para celebrar anticipadamente la victoria sobre Milton.

—Habéis de tener en cuenta —les decía Frank— que es muy feliz con las armas y que tiene un sexto sentido... No es de los que se dejan sorprender. Y el que le acompaña ha demostrado que es tan peligroso como él aunque haya nacido en Virginia.

—Supongo que no nos vas a hacer creer que un tipo nacido y criado en Virginia puede ser tomado en consideración como pistolero en Texas —protestó uno de los pistoleros.

—Ya también me he reído de él, y ha demostrado que monta a caballo como no lo hacemos por aquí. Y de sus puños pueden hablar el rostro y las costillas de Buddy, que estaba considerado hasta ahora como el hombre más fuerte de la ruta, al que llamaban «El Matón».

—Puedes estar tranquilo, que no nos vamos a confiar.

—¿Sois conocidos de los rurales? —se interesó Frank.

—Pero no de los que están por aquí —respondió uno—. Hemos bebido al lado de éstos, sin que nos hayan reconocido.

—Mejor.

Marchó Frank contento a reunirse con sus hombres. Algunos de ellos querían encargarse de Milton. Buddy, al saber que estaba Marlon con él, fue el más vehemente.

—No quiero jaleos con los rurales. Es mejor que se encarguen otros de ellos.

Y todos se sometieron a lo que Frank decía.

A la mañana siguiente, Frank se presentó en el bar en que estaba citado con Milton. También llegó Walter.

Los dos estaban contentos, pero ninguno de ellos decía al otro la causa de esta alegría.

Apareció el sargento de los rurales, produciendo su presencia un silencio casi

absoluto.

Walter había llegado acompañado por el conductor que habló con los rurales.

Pero al ver al sargento, ordenó al conductor:

—Márchate de aquí y si te pregunta el sargento, no le digas que soy yo tu patrón.

—¿Qué pasa? —preocupóse uno de sus hombres de confianza.

—Me conoce hace tiempo... ¡No sabía que estaba aquí!

El sargento miraba a los dos ganaderos.

—¡Vaya!... ¡Vaya!... —decía—. Pero si son nada menos que los ayudantes de Clyde.

—Sabe, sargento, que hace tiempo que no trabajamos con él... Somos ganaderos honrados que llevamos reses adquiridas legalmente...

—No es preciso que me mostréis los recibos de compra —dijo el sargento—. Estoy más que seguro de que los tenéis. Pero algún día os atraparé. ¿Hace mucho que habéis llegado?

—Ayer tarde —explicó Frank.

—¿Lleváis ganado?

—¿Y cómo no habéis salido aún? ¡Es extraño! Por cierto, que acabo de informarme que ha muerto el *sheriff*. Era un buen amigo vuestro. ¿Quién lo mató?

—¡Milton Forrest! —dijo Walter—. Ya le conoce, sargento...

—¿Milton? ¡Ah, sí!... Creo que ha jurado terminar con todos vosotros... Yo, en vuestro lugar, ya me habría marchado, sabiendo que él está aquí...

Marlon miraba a Milton. Los dos estaban escondidos en un rincón del local.

Habían ido mucho tiempo antes de la hora de cita.

—Parece que ese sargento no te odia mucho —comentó Marlon.

—No creo que a las autoridades de Austin les agrade que un rural defienda a quien figura en docenas de pasquines como pistolero —intervino uno de los que estaban de acuerdo con Frank.

—¿Es el único pistolero que hay en esta ciudad? De ése, por lo menos, sabemos que los muertos que ha hecho hasta ahora han supuesto un ahorro de trabajo para nosotros y molestias a los jueces y jurados —replicó el sargento—. Pero tú, ¿qué haces aquí? ¿Trabajas en algo? Creo haberlo visto jugando en varios locales. ¿No hay pasquines que se refieran a tu persona?

—¡Usted tiene la obligación de saberlo! ¿Hay algo en contra mía?

—Realmente, no lo sé —dijo el sargento, sonriendo—. Pero no me gusta tu modo de hablar. Ni tu aspecto. Fundas bajas... Abiertas por abajo para disparar desde ellas en caso de necesidad... ¡Decididamente, no me agradas! ¡Habrá que preocuparse de ti! ¿Cómo te llamas?

—Nada le diré mi nombre...

—Tienes razón. No darás el verdadero, pero lo averiguaremos. No te preocupes. Hay en el fuerte muchos pasquines del resto de Texas y de Kansas.

El pistolero palideció.

—Y me parece que he visto en ellos algún rostro que se te parece.

—Trata de desviar la conversación —protestó el pistolero—. Estábamos hablando de ese Milton Forrest. ¿No se atreve a enfrentarse a él?

—No nos ha hecho nada. Y me gustaría verle para darle las gracias. Si está metido ahora en la ruta, la limpiaré de granujas. Él no tiene reglamento alguno que le impida usar el «Colt» antes de preguntar nada. No le hacen falta pruebas. Su ley es mejor que la nuestra. Más segura, por lo menos. Los acusados por él no pueden sobornar a jueces ni jurados.

—Es una buena persona ese sargento —decía Marlon a Milton—. Y te ha visto. Ha mirado dos veces hacia aquí.

—¡Qué romántico! —continuaba el pistolero, burlón.

—No creo que el plomo tenga nada de romanticismo.

—Parece que no admite que haya quien gane a Milton Forrest.

—¿Estás molesto por su fama? ¿Por qué no le buscas y demuestras que eres mejor que él? Pero no creo te atrevas —dijo el sargento—. No podrás sorprenderlo. Se dará cuenta que mueves más la mano izquierda que la derecha.

Milton sonreía. Estaba seguro de que era un aviso.

Capítulo V

El sargento salió después de decir eso.

Cuando se disponía a hacerlo, miró a Milton y le guiñó un ojo con una sonrisa.

—¿Te das cuenta como te había visto? —dijo Marlon.

—Es una gran persona —explicó Milton—. Me vio al entrar. Es decir, sabía que estábamos aquí. Sus hombres vigilaban este bar.

—No me habías dicho nada.

—Sé que nada he de temer de ellos —añadió Milton—. No hay un rural que quiera detenerme.

—Pero ¿no estás reclamado?

—No hacen caso de lo que digan de mí. Saben que no soy ladrón. Lo fui una temporada sin darme cuenta. Cuando lo supe, castigué a quienes me engañaron. Falta el más responsable. Ese Clyde... Es el que ha ido dando mi nombre por todos sitios.

El pistolero que hablara con el sargento, exclamó:

—Estoy deseando ver a ese Milton. No creo nada de lo que se dice de él.

Marlon, que estaba pendiente de Frank más que de Walter, le vio sonreír al pistolero y hacerle una seña de conformidad.

—Ese cobarde está de acuerdo con Frank.

—Le habrá ofrecido el importe de la mitad de las reses que yo le he pedido. Me recuerda a un *gunman* que anduvo por Dallas, sus señas coinciden con él. Pero aquél tenía la costumbre de estar levantando con frecuencia la funda izquierda como si le estorbara en las piernas y... ¡Es él! ¡Acaba de hacerlo! —exclamó, sonriendo—. ¡El «Zurdo de Dallas»! Si lo hubiera sabido el sargento... Mató a un rural en Fort Worth. Por eso se ha metido aquí. Y seguro que estará acompañado. El sargento le ha conocido, pero como iba solo, no ha querido darles la oportunidad de que le maten como a aquel rural.

Y no se engañaba Milton.

El sargento había corrido en busca de sus hombres para decirles:

—Acabo de ver al que mató a Hull. Hay que vigilar la puerta cuando salga. Está con otros dos. Por eso no he querido quedarme más tiempo allí. Me hubieran matado de seguir discutiendo con él.

—¿Entramos ahora?

—No quiero que haya nadie nuestro en ese local ahora. Me parece que va a encontrar la medida que ha buscado. Le he visto sonreír a Frank. Le ha traído para asesinar a Milton, pero le he avisado del peligro.

—¿Es que está Milton Forrest en ese bar también? ¡Buena redada!

Miró el sargento al agente que dijo esto, y exclamó:

—¡Le agradecería que pidiera el traslado! ¡No quiero tener que matarle!

El agente abrió los ojos con asombro.

—¿No es un pistolero reclamado?

—Cuando pase esto..., le pondré frente a Milton. Y espero que sea capaz de detenerle solo. Pero antes habrá renunciado a su cargo. No quiero que pese sobre él el delito de matar a un rural.

—No conoce a Milton, sargento. Por eso habla así —dijo otro agente.

Y cuando marchó el sargento, aconsejaron al agente que habló en contra de Milton:

—Pide el traslado hoy mismo.

—Daré cuenta de él al capitán —protesta el agente.

Y para no arrepentirse, marchó al fuerte.

Pocos minutos después de llegar, estaba ante el capitán.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió el capitán.

—Vengo a dar parte del sargento.

El capitán le miraba intrigado.

—Hágalo por escrito.

El agente se asustó, porque el capitán le hizo salir de su despacho para que a los diez minutos le entregara el documento.

Pero ya había hablado y tenía que hacerlo.

—¿Qué es lo que te pasa? —dijo un compañero.

Y le dio cuenta de todo.

—¿Vas a hacer ese escrito?

—Sí.

—Márchate antes. Después de presentado, no podrás hacerlo —le advirtió el otro.

—¿Es que todos estáis de acuerdo con ese pistolero?

—Puedes dar parte de mí si quieres —exclamó el compañero.

Y le volvió la espalda.

El agente hizo el escrito y entró de nuevo en el despacho del capitán.

Éste leyó detenidamente el escrito sin mirar al agente.

Hizo entrar a su ayudante y le ordenó:

—Hágase cargo de este caballero. ¡Queda detenido!

—No puede hacerlo. Haré que se enteren en San Antonio y en Austin. Daré parte de usted, capitán. ¡Ayudan a un reclamado!

—Eso es lo que ha de demostrar. Que es un reclamado. No ha puesto en el escrito la fecha de la comunicación en que se nos dice que sea detenido. Sin ese requisito, está insultando a un superior. Porque si no hay tal reclamación, se ha excedido usted.

El agente se daba cuenta de que pisaba un terreno muy falso y que se había dejado llevar por su poca simpatía hacia el sargento.

Si no había esa reclamación lo iba a pasar muy mal.

Sería expulsado y perseguido después por el sargento.

Cuando salía del despacho, el ayudante del capitán exclamó:

—¿Cómo has podido perder el juicio de esta forma? No hay nada contra Milton Forrest.

Se cruzaron con el sargento, que miró al agente.

—¿Quién le ha dado permiso para abandonar el servicio encomendado?

Y entró en el despacho del capitán.

—¡Vaya situación la tuya! —continuó el ayudante del capitán—. Te expulsarán, si no eres castigado duramente. Es grave lo que has hecho.

Así lo comprendía el agente, que empezaba a darse cuenta de su verdadera situación.

—¡Todo por ese cerdo de Milton Forrest!

—No debes culparle a él de tu torpeza.

—Deja que me vaya...

—No puedo hacerlo. Sería yo el castigado.

Pero el agente, asustado de lo que pudiera pasar por haber abandonado el servicio, encañonó al ayudante y dijo:

—Voy a escapar de aquí.

Y le golpeó en la cabeza, saliendo del fuerte a los pocos segundos con toda naturalidad.

Cuando se dieron cuenta de lo que había pasado, estaba lejos del fuerte.

Una hora más tarde, estaba escondido en un *saloon* de Amarillo.

Mientras esto sucedía en el fuerte, en el *saloon* en que estaban Milton y Marlon, las cosas se complicaban.

La salida del sargento hizo respirar a Walter.

Y refirió a Frank lo que había pensado.

—Pero ese sargento, si me descubre, se hubiera dado cuenta de la verdad. Por eso no he querido que viera al conductor.

Éste, al salir, había hablado con los agentes que vigilaban para darles cuenta de lo que dijo Walter.

Milton se puso en pie, y, después de unos minutos, se acercó al mostrador, saludando:

—¡Hola, Frank! ¿Qué hay, Walter? Estaba seguro de que no faltaríais a la cita.

—¿Estabas aquí? —preguntó Frank, preocupado y mirando al pistolero.

—¿Qué te pasa? ¿Eres amigo de ése? Parece que no hablaba bien de mí.

—¿A quién te refieres? —dijo Frank, nervioso.

—Sabes perfectamente al que me refiero. He visto vuestras señas de inteligencia.

—No te comprendo, Milton.

—Es una pena, Frank, porque no eres tan viejo.

—Te daré las reses para que veas que no tengo inconveniente —dijo, más nervioso todavía.

—Si aún no lo he puesto en duda —replicó Milton, sonriendo—. Estás muy nervioso, Frank. ¿Qué te sucede?

—Es que el sargento me pone nervioso siempre.

—¿No será la sombra de la muerte que se proyecta sobre tu cuerpo?

—Estoy aquí como hemos convenido.

—Pero no has venido solo. Te has traído al «Zurdo de Dallas» contigo.

—¿Verdad que yo no te he dicho nada? —se dirigió Frank al aludido.

—¿Cómo sabes que me refería a ése? —se burló Milton.

—¿Qué es lo que pasa? —intervino el «Zurdo»—. ¿Es éste, acaso, el llamado Milton?

—¡Vaya! Parece que tienes inteligencia, «Zurdo»...

—¿Quién te ha dicho que yo sea zurdo? —se preocupó el pistolero.

—Te conozco hace tiempo —mintió Milton—. ¿Saben los rurales que estás aquí? Ha de ser muy interesante para ellos. Sobre todo desde la muerte de Hull.

El pistolero estaba asustado.

—¡No sé de quién hablas!

—Los rurales, sí, cuando se enteren de que estás en la ciudad.

—Te advierto que no me gustan las charadas.

—No sé qué es eso —dijo, riendo, Milton—. ¿Dónde están tus amigos?

—No te preocupes, Milton —exclamó Marlon—. Les tengo localizados yo. No se moverán.

El «Zurdo» recordó que le habían encarecido que iba con otro tan peligroso como él.

—No he venido con nadie —protestó—. Has oído, sin duda, que no creo lo que dicen de ti.

—¿Qué es ello?

—Que eres el mejor pistolero de la Unión.

—¿Dicen eso? —exclamó Milton—. Pues no me agrada. No soy tan vanidoso como el «Zurdo de Dallas». ¿Le conoces?

—He oído hablar de él.

—Entonces habrás oído que es un cobarde, ¿verdad?

El aludido palideció.

Le preocupaba lo que Marlon, al que no veía, había dicho.

—¿Cuánto te ha ofrecido Frank por esto? —añadió Milton.

El «Zurdo» empezó a sentir miedo.

No podían actuar con la sorpresa que tenían planeada.

—¡Milton! No debes pensar eso de mí —saltó Frank.

—No te he preguntado a ti. Lo he hecho a él.

—Tiene razón Frank. No ha hablado conmigo —dijo el «Zurdo», que pensaba con dificultad.

—Parece que no hablas con la entereza de antes. Y te he llamado, cobarde.

Varios disparos trepidaron en el local.

El «Zurdo» vio caer a sus dos amigos.

Miraba los cadáveres con ojos de espanto.

Y lo mismo pasaba con Frank.

—¿Estáis asustados? —se burló Milton—. Os he advertido que Marlon es más peligroso que yo.

—Podemos ir por las reses —dijo Frank—. Quiero salir cuanto antes.

—Tú ya no saldrás de aquí, Frank —replicó Marlon—. Has llegado al final de tu recorrido.

—Tienes que decir a tu amigo que no me mate... —suplicó Frank.

—Debes decírselo tú, pero creo que te ha oído. Si no te hace caso, no es culpa mía. Sabe que eres otro cobarde como éste.

—Escucha, fanfarrón —dijo el «Zurdo», recordando que era un pistolero.

—No le voy a matar. Creo que los rurales se alegrarán de hacerlo ellos.

Riendo y sin decir nada, el «Zurdo» movió su mano izquierda, que quedó inerte al costado.

—He dicho que te colgarán los rurales. Quieren vengar a Hull. Y no pienso disgustarles.

Parecía que los ojos del «Zurdo» iban a salir de sus órbitas.

Miraba con odio a Milton, pero a la vez con un pánico cerval.

No se atrevió a mover la otra mano.

—Has sabido adelantarte a mí. No esperaba esto.

—Eras tú el que ibas a adelantarte, pero te han engañado respecto a mí. Ha debido decirte Frank que era muy peligroso lo que te proponías hacer. Sólo te habló de dinero. ¿Cuánto?

—Trescientas reses —dijo el «Zurdo».

Frank abrió los ojos, sorprendido.

—No le creas, Milton. No le creas.

—¿Es que lo vas a negar, cobarde? —dijo el «Zurdo», mirándole provocador.

Milton estaba pendiente de los dos que empezaban a discutir.

—Os advierto noblemente que os mataré a los dos, así que mováis una mano.

Pero hubo de interrumpirse para disparar sobre el «Zurdo», que había demostrado que era más peligroso con la mano derecha que con la que le había dado fama.

Esta vez los gritos de dolor del «Zurdo» pusieron la nota patética en el bar.

Dos de los rurales que estaban de vigilancia en la calle, entraron al oír los nuevos disparos y las exclamaciones del herido.

—No hemos querido matarle como a los cobardes de sus compañeros —explicó Milton— para que el sargento pueda colgarle en el fuerte. Es el que asesinó a Hull.

Los rurales miraron a Milton con simpatía, y uno de ellos dijo:

—Gracias, Milton.

Walter miraba asustado a Milton.

Acababa de darse cuenta de que era amigo de los rurales, y un conductor suyo había estado en el fuerte hablando en contra de él.

—No te fíes de Walter —advirtió el otro rural—. Quería que te colgáramos nosotros.

—¿Es posible? —se burló Milton—. Si dice que es mi amigo...

—No he ido al fuerte —protestó Walter—. No es verdad eso.

—Creo que los vamos a colgar a los dos —habló el rural, mirando a Walter.

—No se preocupe. Yo sé que es verdad. Estaban los dos muy contentos al entrar aquí. Éste ha ordenado al «Zurdo» que me matara y le ofreció trescientas reses. De ese modo se ahorra doscientas y se quitaba la pesadilla de Milton. Y aquél quería que los rurales me colgaran por unos crímenes que han cometido ellos a las órdenes del más cobarde de Texas. Me refiero a Clyde. El reyezuelo de esta ciudad.

—Nosotros nos encargaremos de colgar a estos dos —intervino Marlon.

—Tenéis que ser razonables. Habíamos quedado en daros esas reses. ¿Por qué íbamos a mandar que te mataran?

—Para no darlas. No puede estar más claro —dijo Milton—. Pero Marlon tiene razón. Os vamos a colgar. ¡Busca unas cuerdas, Marlon!

Los dos se movieron en el acto con ánimo de sorprender a los dos amigos.

Los rurales se miraban asombrados.

—¡Vaya una pareja que hacen! —exclamó uno de ellos.

—No se puede saber, cuál de los dos es más veloz. Han disparado a la vez —opinó el otro rural—. Si les conocían, no comprendo cómo se han atrevido a enfrentarse con ellos.

—Ahora vamos a recoger esas reses.

Y los dos amigos, seguidos de los rurales que entraron en el bar, quienes entregaron al «Zurdo» a los que estaban en la calle, marchaban al campamento de Frank en primer lugar.

Ya habían tenido noticias de lo que había pasado y Buddy no estaba allí, pero nadie se opuso a que retiraran las quinientas reses que Frank había prometido.

Y más tarde, hicieron lo mismo en el de Walter.

—Creo que debieras estarme agradecido —dijo Milton al capataz—. Os hemos hecho dueños de la manada. No esperabais que pudierais tener esta cantidad de reses para vosotros.

—Tendremos que dar cuenta de ella a los herederos —replicó el capataz.

—Te refieres a Clyde, ¿verdad? —se sonrió Milton.

El capataz no quería discutir con Milton para evitar que hiciera con él lo mismo que había hecho con Walter y Frank.

Los dos amigos tenían una buena partida de reses, pero eran incapaces de conducirla entre ellos solamente.

—Tengo dinero para pagar unos cuantos conductores —dijo Marlon—. Con cuatro más es posible que las llevemos con facilidad. Tres jinetes a cada lado.

Milton estaba de acuerdo. Pero no se atrevía a comprometer el dinero de Marlon.

Tenía la casi completa seguridad que los hombres de Clyde tratarían de evitar por todos los medios que pudieran llegar a Dodge con aquel ganado.

No podían moverse del lado de las reses.

Pero en aquel momento se presentaron seis vaqueros diciendo si necesitaban conductores.

Milton se les quedó mirando.

—Nos manda el sargento, que nos conoce de cuando él andaba por San Antonio —explicó uno de ellos.

Milton terminó por sonreír y sólo añadió:

—¿Se han dado cuenta que soy el célebre pistolero Milton Forrest?

—Vamos a trabajar de conductores. No venimos para pelear en los *saloons*.

—¿Y si hace falta? No van a dejar que esta manada llegue a Dodge. Por lo menos, van a intentar impedirlo.

—No tendremos más remedio que defendernos si nos atacan —dijo el que llevaba la voz cantante.

Milton, después de admitirlos, se acercó a Marlon, que estaba al otro lado, para darle cuenta de lo que pasaba.

—¿Les admitiste?

—Son rurales. Los ha mandado el sargento.

—Eso está mejor. No tendremos que estar vigilando —exclamó Marlon.

Capítulo VI

La conducción se hacía bastante bien y a buen paso, pero las otras manadas habían salido antes que ellos y llevaban un buen equipo cada una de ellas.

El terreno era llano y no se prestaba a emboscadas. Por eso caminaban sin grandes precauciones. Se iban haciendo muy amigos todos ellos de los dos «grandotes», como les llamaban cariñosamente los agentes enviados por el sargento.

El «Zurdo» había sido colgado en el patio del fuerte, y eso que el capitán se oponía a ese sistema de justicia.

—Si no lo ha matado Milton, ha sido para que lo hagamos nosotros —decía un teniente—. Y no le vamos a entregar a un jurado para que, asustado, le condene a un año o le ponga en libertad.

La actitud de los otros rurales convenció al capitán. Con el dinero que tenía Marlon, adquirieron víveres. Del equipo de Walter habían tomado un carretón, en el que llevaban los utensilios de cocina y los víveres.

Uno de los agentes dijo que sabía cocinar, y entre bromas de los compañeros, inició su trabajo, recibiendo la aprobación de todos.

Fue bautizado como el mejor cocinero de la ruta, y para ello le quitaron la ropa junto al río y le echaron al agua entre risas generales.

A los tres días de marcha, uno de los agentes advirtió:

—Acabo de ver el sombrero de un hombre sobre aquella colina.

—Me extrañaba que no dieran señales de vida —dijo Milton—. Hay que organizarlo bien para que caigan en la trampa. Hemos de hacerles creer que no les hemos descubierto. Eso hará que se confíen. Debemos seguir como hasta ahora.

Pero llegada la noche, dio instrucciones para que dejaran cosas bajo las mantas con objeto de hacer creer que estaban ellos acostados, y que se arrastraran hasta el ganado, llevándose los rifles.

—A la distancia que han de estar, no pueden apreciar bien si estamos o no en las camas.

Y llegada la noche, así obraron.

Vieron descender a cuatro vaqueros que se agachaban al hacerlo.

Cuando estuvieron cerca de donde se veían las mantas, empuñaron los rifles e iniciaron el tiroteo.

Sus disparos se cruzaron con los realizados por Milton y sus hombres.

—Han de ser torpes de verdad. ¿Es que no imaginarían que alguien había de quedar de guardia? —habló uno de los agentes.

—Ahora hay que ir a sorprender a los otros. Han debido oír el tiroteo y esperan a sus hombres. Se presentarán cuatro con los sombreros y caballos de ellos. Los animales han de estar al otro lado de la colina.

Y así obraron Milton, Marlon y dos agentes.

No tardaron en descubrir a la manada, detenida a unas tres millas de donde habían

sido atacados.

Los que estaban esperando a los expedicionarios, al ver a los jinetes avanzar, dijeron:

—Son unos tontos. ¿Por qué no se ha quedado uno cuidando de la manada?

—Deben venir para que vayamos algunos a hacer caminar a las reses —dijo Bart, el capataz de Walter.

Pero antes de que pudieran reaccionar, las armas de los cuatro que avanzaban al galope abrieron el fuego, organizando la desbandada de los conductores, que se escabulleron entre el ganado.

Quedaron cinco muertos y tres heridos graves.

—¡Ya sabía yo que Milton no es tonto! —decía Bart, desesperado—. Y nos atacará varias veces.

—Hay que llevar estos heridos para que les atienda un doctor —opinó otro.

Y aunque suponía una temeridad llevarle a caballo, esto era más rápido que hacerlo en un carretón.

Sin embargo, se impuso el criterio de transportarles en un vehículo, mientras se adelantaba un jinete para pedir al médico que saliera al encuentro de los heridos con cuanto le hiciera falta.

Borger no estaba lejos.

Llevaban las dos manadas unidas, y Buddy no hacía más que insultar a Milton.

—Menos mal que se han tomado las precauciones precisas por si no podíamos evitar que llegaran a Dodge. ¡Allí tendrán su merecido!

Milton y los suyos siguieron su camino, sin dejar de vigilar.

El doctor atendió en el carretón a los heridos. Las heridas de dos de ellos no tenían importancia, pero el otro estaba grave.

Y al día siguiente moría.

La manada de Milton y Marlon caminaba con rapidez. Querían llegar antes que los otros a Dodge.

Y así sucedió.

Unas millas antes de arribar a la ciudad ganadera, fueron recibidos por el *sheriff* y dos de sus ayudantes. Además, había dos conductores.

Se detuvo la manada y esperaron a que el *sheriff* se acercara.

—¿Es alguno de vosotros Milton Forrest? —dijo el *sheriff*.

—Yo soy, *sheriff*. Podría mentir, pero no me agrada hacerlo.

—Tengo en mi poder unos certificados de compra de las reses que traes, pero pagadas por otros ganaderos. ¿Dejas que compruebe los hierros?

—Puede hacerlo, pero le diré lo que ha pasado, ya que veo que le han engañado. Es cierto que no compré estas reses. Me han sido entregadas voluntariamente por esos cobardes a quienes hemos tenido que hacer unas bajas para defendernos de sus ataques.

Y Milton habló durante algunos minutos.

—Usted sabe que Walter y Frank eran dos cuatrereros. Ellos no han pagado una sola res. Las toman como impuesto de tranquilidad que ellos llaman. Y lo sé porque he estado con ellos hasta que me di cuenta del sistema de compra y me alejé de su lado. Se dedicaron a difamar mi nombre y a cometer disparates, escudados en la fama que tengo por la parte de Dallas y San Antonio. He matado a Frank y a Walter, pero sus capataces tienen miedo a Clyde. Por eso tratan de recuperar las reses a toda costa.

El *sheriff* miraba a Milton con atención y al fin dijo:

—Creo que eres tú el que tiene razón, pero la cosa se complica, porque hay un rural que es el que abona la denuncia de Buddy. Es lo que no comprendo.

—¡*Sheriff!* ¿Permite que hable yo? Formamos parte del destacamento de los *rangers* en Amarillo y nos ha enviado el capitán para ayudar a estos muchachos. Supongo que el cobarde que apoya a esos granujas es John Lorre, un agente que se evadió del fuerte cuando había sido detenido. Ellos, y él menos todavía, no esperaban que fuéramos nosotros los que venimos como conductores de estos muchachos.

Y le mostraron la documentación.

Uno de ellos dijo:

—Usted sabe como pocos la verdad sobre Clyde, ya que ha estado al margen de la ley mucho tiempo y le hemos admirado al ver que cumple bien con su deber.

—No digáis nada ante mis acompañantes de que sois rurales. Quiero sorprender a ese cobarde embustero —advirtió el *sheriff*.

No tardaron en ponerse de acuerdo para obrar según el deseo del *sheriff*.

Pero era preciso que John Lorre no viera a sus compañeros.

Y eso era difícil, pero por fin decidieron que los hombres del *sheriff* se hicieran cargo de la manada, con lo que se daría la impresión de que había sido atendida la denuncia.

Solamente quedaban en la manada, media hora más tarde, Milton y Marlon.

Los rurales trataban de ocultarse para no ser descubiertos por Lorre.

Les llevó el *sheriff* a su oficina. Pero había el peligro de que se presentara el rural huido.

El *sheriff* fue a buscar a los denunciantes. Estaban con el dueño del local en que habían citado al de la placa.

—¡Hola, *sheriff!* —saludó el dueño—. Ya me han dicho éstos lo que les ha pasado con unas reses de las que traían.

—¿Verdad que no te explicas, tú que conoces a éstos, que se dejaran quitar esas reses a no ser que las dieran ellos voluntariamente?

Bart y Buddy se miraron sorprendidos por la forma de hablar del *sheriff*.

—Ya le hemos dicho, *sheriff*, que...

—No te preocupes, Buddy —intervino el dueño del local—. El *sheriff* sabe cumplir con su deber. No es como los otros que hemos tenido antes.

—Puedes estar seguro que sé cumplir con mi deber. Y en este caso lo vas a comprobar. —Luego, dirigiéndose a los capataces—: Habíais creído de una manera

equivocada que por haber sido un sin ley no iba a hacer más que lo que vosotros quisierais. ¿Tenéis ahí los recibos que me enseñasteis antes?

Los dos capataces se miraron más asombrados aún.

—¿Ha visto la manada? ¿Verdad que son los hierros que se detallan en los recibos?

—Me ha dicho Milton Forrest lo que ha pasado. Y habéis sido vosotros los que le disteis las reses de una manera voluntaria, porque antes de morir Frank y Walter así lo habían ofrecido ellos. No me habíais dicho nada de estas muertes ni la forma en que sucedió, y me habíais hecho creer que fue en un ataque de ellos.

—Ya lo ha oído de labios de John Lorre, el rural que ha venido con nosotros para presentar la denuncia.

—No veo claro esto —repuso el *sheriff*—. Y me parece que debéis pedirle a Milton esas reses.

—¿No sabe tampoco que es un pistolero reclamado en la mitad de Texas? —dijo el dueño.

—No he visto un solo pasquín que sea de Texas. Y no quiero ayudar a nadie para arreglar sus asuntos personales. Si tenéis miedo de Milton, es mejor que huyáis, y si lo que queréis es que se le castigue, lo debéis hacer vosotros.

—¿Estáis oyendo? —se dirigió el dueño a sus clientes—. ¡El *sheriff* no se atreve a castigar a Milton Forrest!

—¿Quieres repetir eso, cobarde? —dijo el *sheriff*, mirando al dueño.

Éste retrocedió, asustado.

—No he querido ofenderte —se excusó, temblando.

—Pero como eres un valiente, vas a repetir ante Milton todo lo que dices por detrás de él. ¿Verdad que te atreverás a hacerlo?

—No puedo compararme a él en el manejo del «Colt». No es humano lo que pide, *sheriff*.

—Antes eras uno de los más rápidos que venían a Dodge City —dijo el *sheriff*—. Sabes que te conozco desde hace años. No creas que me engañas como a tantos otros, sobre los que has disparado cuando te creían asustado.

—¿Entonces no ha recogido esas reses que nos ha robado Milton? —quiso saber uno de los vaqueros de Frank.

—Ya he dicho que debéis ser vosotros los que lo hagáis. A mí me ha convencido lo que me ha dicho. Lo habéis atacado en el camino para quitarle ese ganado. Debíais haber insistido, si es verdad que era vuestro. Y ya veo que todos estáis preocupados por esas reses cuyo importe habíais pensado repartiros. No creo que Milton y su amigo estén de acuerdo con vosotros —dijo el *sheriff*.

—El rural que ha venido con nosotros se enfadará.

—Ellos nada tienen que hacer aquí. Han debido detenerles antes de salir de Texas —añadió el *sheriff*.

—Me parece que no sabe cumplir con su deber —intervino el rural huido,

acercándose al grupo—. Le he dicho que son unos cuatreros.

—Y de éstos, ¿qué dice? —exclamó el *sheriff*—. Les conocemos en esta ciudad hace años y siempre han traído reses que han robado en la ruta. ¿Cómo llaman ustedes, los rurales, a quienes hacen esto?

—No tenemos pruebas de lo que dice. ¿Las tiene usted? —dijo John, sonriendo—. Me parece que le sucede lo mismo. En cambio, de esos dos no puede haber duda.

—¿Ha venido usted solo? —interrogó el *sheriff*, mirando a John.

—No hacía falta más que uno. Y la misión mía era avisar a usted de lo que pasaba, pero ya veo que no se atreve a detener a esos cuatreros. En esta actitud de miedo, no creo que pueda estar mucho más tiempo con esa estrella en el pecho.

—No debe preocuparle mi porvenir. A mí me tiene sin cuidado. Lo que no quiero es hacer el juego a los cobardes. Conozco a los cuatreros, porque lo he sido también yo. Pero cuando me hicieron *sheriff* había cambiado mi vida y sigo firme en el cambio. Entre ustedes hay otros que también proceden, como yo, del campo de los «sin ley», y tengo entendido que se portan bien. Puede que del mismo modo haya algunos que de rural pasen a ser cuatreros. Éstos son más peligrosos porque pueden utilizar su distintivo para sorprender a honrados ganaderos.

—¿Qué quiere decir? —exclamó, preocupado, John.

—Ya lo está oyendo. Conocí una vez uno de ustedes que dio más guerra que todos los cuatreros juntos. Se presentaba a quienes sabían que era *ranger*, por lo menos le trataron como tal, y hasta que se corrió la voz por la ruta y lo supieron los ganaderos, robó mucho ganado y mató a varias personas. Pero al fin fue colgado. Es el final de los que no quieren cambiar de vida.

Bart y Buddy estaban disgustados porque ya contaban con aquellas mil reses.

El dueño del bar no se atrevía a decir nada más.

—Entonces, ¿va a permitir que subasten esas reses? —dijo Buddy.

—No puedo evitarlo. Frank y Walter se las dieron a Milton en concepto de préstamo para devolverlas a los que les fueron robadas en el camino. No importa que os dieran unos certificados de venta. La verdad es que las robasteis. No puedo demostrarlo, y ésa es la razón de que no os detenga. Pero tampoco lo haré con ellos.

—Lo que quiere decir esto es que no se pueden fiar del *sheriff* de aquí —añadió un vaquero de Walter.

—No me preocupa mucho lo que podáis pensar de mí. Son los ciudadanos de Dodge los que me interesan. Y esos saben que pueden fiar en su *sheriff*.

—No pienso yo así, *sheriff* —protestó el rural, que estaba molesto con él.

—Tampoco me preocupa mucho su criterio, amigo —respondió el *sheriff*.

Y se encaminó hacia la puerta. Cuando hubo salido, decía Bart:

—No estaba muy seguro. Si dejan hablar a Milton, no es fácil hacerle nada.

—Y el virginiano sabe hablar también —corroboró Buddy.

—Pero no se puede consentir que el *sheriff* de una ciudad como ésta permita que unas reses robadas sean vendidas en subasta como si fueran de ellos —dijo el rural,

en voz alta.

Muchos de los que escuchaban, al mirar el distintivo de John, estaban de acuerdo con él.

—Hay que evitar que puedan ser subastadas esas reses. Hablaremos con los compradores, y con los recibos a la vista, pueden negarse a comprar —opinó un vaquero—. No se puede, tolerar que se rían de nosotros después de asesinar a varios compañeros.

Y de este modo, se inició una campaña en contra de Milton y de Marlon.

Eran muchos los que se hacían eco a tales palabras por entender que el rural debía estar informado cuando había ido hasta Dodge para advertir al *sheriff* de lo que pasaba.

Y de este modo llegó el comentario hasta el propio juez.

Éste estuvo hablando con John, el cual, en su condición de rural que dijo ostentaba, convenció al juez para que fueran detenidos los dos cuatreros.

John marchó en busca de Bart y Buddy.

Y les dijo lo que había conseguido.

La alegría de esta noticia les llevó hasta un *saloon* para celebrar los acontecimientos.

El juez buscó al *sheriff* para pedirle que detuviera a los dos amigos.

—Ya veo que se ha dejado engañar por ese granuja de John Lorre —exclamó el *sheriff*.

—Debe pensar, *sheriff*, que se comentó en la ciudad que no ha dejado de ser el que era antes, y que por eso ayuda a los cuatreros. Ese muchacho es un rural y ha venido para advertir a las autoridades lo que ha pasado con las reses que traen esos dos amigos, uno de ellos el pistolero más famoso de Texas.

—No quisiera enfadarme con usted, amigo. Sé que no me estima y que aprovecha todo lo que pueda perjudicarme, pero esta vez se está excediendo y creo que tendré que demostrar que sigo siendo tan peligroso como antes de ser nombrado *sheriff*. Una mañana cualquiera de éstas encontrarán al cobarde del juez colgando de un árbol o de la cornisa de una casa.

El juez, asustado, retrocedía.

—No hago más que decir lo que un rural me ha asegurado. Y nos conviene estar a bien con ellos, que son quienes conocen a los cuatreros de la ruta.

—¿Le ha hablado ese rural de Bart y de Buddy? ¿Sabe para quién trabajan? No crea que las reses que han traído son suyas. El dinero que saquen por ellas es para Clyde.

—No puede demostrar nada.

—No lo necesito. Yo sé que es así —dijo el *sheriff*.

—Pero usted no ignora que necesitamos pruebas de todo eso y que sin ellas no podemos hacer nada.

—Ya lo creo. Podemos colgar a los que estamos seguros que son unos cuatreros.

—No podemos actuar así...

—Y es en eso en lo que se escudan Clyde y sus hombres para reírse de nosotros. Pero voy a cambiar el sistema. Me voy a dedicar a colgar primero y a hacer averiguaciones más tarde. Es el único medio de que se respete la ley en esta ciudad.

—No puedo estar de acuerdo.

—Es lo mismo. Creo que es uno de los que colgaré —dijo el *sheriff*, con naturalidad.

El juez se marchó asustado, pero dispuesto a conseguir que dejaran cesante al *sheriff*. Y para ello, visitó al alcalde.

Capítulo VII

El *sheriff* fue reclamado en el despacho del alcalde. Allí estaban reunidas las llamadas fuerzas vivas de la ciudad.

—Le hemos avisado —dijo el alcalde— porque se habla mucho de algo que ha pasado y que le coloca en una situación difícil.

—Cuando llegue la época correspondiente, dejaré de ser *sheriff*. Hasta entonces es mejor que no despierten en mí al hombre que llevo dentro. Podría dejar la ciudad llena de cadáveres como el del cobarde del juez, que es, el autor de todo esto. No puedo dar cuenta aún de la verdad de los hechos que han motivado esta llamada, pero les pido que tengan confianza en mí. Más veamos hasta dónde llega la villanía del juez. ¿Garantiza la honradez de las personas a quienes no he querido atender en su demanda?

El juez estaba nervioso.

—Tiene que responder —ordenó el alcalde—. Nos ha dicho que el *sheriff* no sabe, o lo que es peor, no quiere cumplir con su deber, porque es en el fondo un cuatrero que ayuda a sus amigos.

—Gracias por estas palabras —exclamó el *sheriff*, mirando al juez.

—No es que yo lo diga. Es lo que se comenta en la ciudad.

—¿Quiere indicar a estos señores dónde ha oído esos comentarios? —añadió el *sheriff*.

—Pues... en los *saloons*...

—Que es donde se reúnen todos los ventajistas de la ruta —aclaró el *sheriff*—. No hay una sola persona decente. Todos los que hablan son amigos de los dos cuatros que dicen que esas reses son suyas.

—Ellos presentan recibos que demuestran la verdad de lo que dicen.

—¿Es que no sabemos, acaso, lo que pasa? Todos los ganaderos están dejando de traer ganado, precisamente por ese sistema que han impuesto los cuatros y asesinos. Antes de que les maten, firman los recibos que quieren y entregan las reses que les piden. Hay muchos que ya no aparecerán más por la ruta. Y de seguir así, no habrá mercado ganadero en esta ciudad, que vive de ello.

Los que escuchaban, miraron al juez y al *sheriff*.

El alcalde dijo:

—En eso tiene razón el *sheriff*. Cada día entra menos ganado en la ciudad. Los ganaderos tienen miedo a los que les roban el ganado en la ruta y prefieren sacrificarlo en los ranchos y vender las pieles, con lo que cubren gastos y no se exponen a perder las vidas.

—Y de seguir así —añadió el *sheriff*—, tendremos una ciudad muerta dentro de pocos meses, pues hasta esos ventajistas que llenan los *saloons* se irán, al no tener conductores a quienes desplumar con sus trampas. Los dos a quienes defiende el juez, sin comprender la verdad, son de esos cuatros que tanto daño hacen a la ciudad.

—Veo que se dejan convencer, pero deben pensar una cosa —protestó el juez—. ¿Cuáles son los antecedentes del *sheriff*? ¿No ha sido un cuatrero como éstos a quienes insulta ahora? No se dejen engañar. Lo que trata es de ayudarles. ¿Quién es Milton Forrest? ¡Un pistolero! Es a éstos a los que ayuda.

Algunos se pusieron de parte del juez, pero el alcalde, que estaba pendiente del *sheriff* y que se dio cuenta de lo que sufría por no disparar, dijo:

—Puede seguir de *sheriff* y que obre como él entienda que debe hacerlo.

—Si sigue siendo *sheriff*, me matará —se asustó el juez.

—Pero no será a una autoridad a quien mate, porque le ruego que presente su dimisión. Será la muerte de un ciudadano que se dejó llevar por el odio y el orgullo, y la ciudad no perderá mucho —añadió el alcalde.

Todos vieron los ojos del *sheriff* llenos de lágrimas.

—Puede contar con nuestra confianza —aseguró al *sheriff* uno de los reunidos— y perdone que hayamos sido mal informados. No le molestará más el juez.

—Muchas gracias —dijo, emocionado—. Perdonen que no pueda hablar apenas, pero he estado muy cerca de volver a ser la persona que creía enterrada para siempre dentro de mí.

Y no pudiendo más, se echó a llorar como un niño.

—Hace tiempo que este hombre me odia —añadió más sereno—. ¿Saben por qué? Porque es socio de uno de los *saloons* que más ventajistas tiene. Y sabe que no les permito lo que ellos esperaban cuando me hicieron *sheriff*. Es cierto que me ayudaron mucho para serlo, pero tenían la esperanza de que sirviera sus intereses. Sin embargo, el primer día que pusieron esta placa sobre mi pecho, juré que la serviría con lealtad. Y es lo que estoy haciendo.

—Y nosotros nos sentimos honrados con tener un *sheriff* como usted —afirmó el alcalde.

Salieron a despedirle hasta la puerta.

Cuando el alcalde regresó al salón en que los demás estaban reunidos, aconsejó al juez:

—Salga esta misma noche de la ciudad, si no quiere que le mate el *sheriff*. ¡Se ha contenido por nosotros!

—Ha sido un pistolero y...

—Le ruego que no hable mal de él, o le llamo para que se lo diga personalmente. Espero que renuncie ahora mismo a su cargo.

—Fui designado cuando él y no pienso dejar de ser el juez.

—Como quiera —dijo el alcalde—. Pero me parece que mañana por la noche tendremos que elegir otro.

Pero el juez se marchó, orgulloso.

Parte de los reunidos en un bar comentaron lo que había pasado.

Milton y Marlon se enteraron sin querer por estar apoyados al mostrador en espera de uno de los rurales que habían llegado a la ciudad con ellos.

—¿Has oído? —dijo Milton—. Están hablando del *sheriff*. El cobarde del juez ha tratado de que le substituyeran. Y parece que ha llorado de emoción en la reunión al oír al alcalde que estaba de acuerdo con su manera de actuar. ¡Todo por defenderme a mí!

Y quedó pensativo.

Los que estaban hablando a su lado añadieron que el juez era socio de un *saloon*, y al oír el nombre de este local, añadió Milton:

—Ya está explicado todo. No sabía que ese cobarde tuviera un local en esta ciudad. Fue expulsado de San Antonio por hacer trampas. ¡Voy a ir a visitarle!

—Nada de eso. Por lo que has dicho, te conoce. Es mejor que sea yo el que me presente allí para descubrir a los que hagan trampas, que han de ser la mayoría de los que juegan por cuenta de la casa. Es el mejor castigo que podemos darle y así el *sheriff* tendrá oportunidad de demostrar a la ciudad que no está de acuerdo con los ventajistas.

Milton estuvo de acuerdo con él.

—Bueno —accedió—. Mientras yo voy a dar un abrazo al *sheriff* por tener la valentía de defenderme hasta ese extremo sin hablar de los otros rurales.

Y cada uno de ellos marchó por su lado.

Marlon preguntó dónde estaba el local que le interesaba.

Milton marchó a la oficina del *sheriff*.

—¿Permite que le dé un abrazo? —dijo Milton, con los ojos llenos de lágrimas también—. Acabo de enterarme de lo que ha pasado en esa reunión.

—Es un cobarde el juez —exclamó el *sheriff*, después de oír la forma casual en que Milton se había enterado de lo sucedido.

—Marlon ha ido a visitar el local del que el juez es socio de un viejo amigo mío. Eso explica la razón de ese odio hacia mí por parte del juez. Es obra de su socio.

—No ha debido ir. Van a creer que es obra mía.

—Marlon sabe hacer las cosas. No es un vaquero vulgar. Ha sido un caballero antes.

Y Milton se llevó al *sheriff* para echar un trago.

Marlon entró en el local interesado, y después de beber en el mostrador, se acercó a las mesas de juego, atendiendo a los jugadores que supuso con conocimiento de causa, eran los que estaban allí para ganar dinero a costa de los incautos y por cuenta de la casa.

Cuando llevaba un buen rato, descubrió a los que estaban de acuerdo.

Como había más curiosos, fue hablando en voz baja para que se fijaran en ellos.

Y una hora más tarde, eran todos los curiosos los que observaban, comprobando que las sospechas de Marlon eran ciertas.

Una de las mujeres avisó al dueño, diciéndole que no le gustaba la atención de los curiosos.

—Me parece que se han dado cuenta de que hacen trampas —añadió la

muchacha.

El dueño salió del mostrador y se acercó a las mesas de juego.

—¿Es que no tenéis otra cosa que hacer? —dijo, tratando de echar a los curiosos de allí.

—¿Quién es éste? —exclamó Marlon—. No será el dueño por casualidad. Parece que tenga miedo de que podamos darnos cuenta de lo que hacen sus empleados. Pero es ya un poco tarde. Hemos estado viendo el sistema de trampas empleado por todos éstos.

Dos de los jugadores se pusieron en pie, y uno de ellos dijo:

—¿Quién es ese que ha hablado así?

—¿Por qué sabes que es a ti a quien me refería? —se burló Marlon—. ¡Malo! No creo que el dueño se muestre muy satisfecho de tu torpeza. No podía saber a quién me refiero, y, sin embargo, los dos os habéis puesto en pie.

Los curiosos sonreían. Estaban de acuerdo con Marlon.

—Es que no me gusta me llamen tramposo y quería saber si era por mí —añadió el jugador.

—Estabas seguro de que eres uno de los indicados, porque ni una sola vez por casualidad has dejado de recurrir a trucos que reclaman la cuerda.

—Supongo que te das cuenta de lo que eso supone —se exaltó el jugador.

—Acabo de decirlo y lo han oído todos. ¡La cuerda! Es lo que se hace en todas partes con los ventajistas como tú.

El jugador se echó a reír, diciendo:

—Con ese corpachón debías tener algo más de sentido común, porque te voy a matar para que otra vez no te atrevas a decir nada parecido.

—Me da la sensación de que estas palabras hacen sonreír al dueño. ¿Es mucho lo que le dais del robo que realizáis a diario?

—No creo que sea sano para tu salud provocarme a mí, después de haberlo hecho con estos dos —dijo el dueño.

—Sin duda, son los que tienes más confianza, ¿no es eso? Es una lástima que tengan que morir sin ser colgados antes. Pero lo haremos más tarde, en compañía de quien les permite hacer ventajas y hasta les obliga a ello.

—No discutas con él. Te ha insultado y el juez se encargará de él —ordenó el dueño.

—Pero si toda la ciudad sabe que es tu socio. Le has comprometido de una manera muy grave, porque no he sido yo solo el que ha visto hacer trampas a éstos. Han sido todos. ¿Verdad, muchachos?

La respuesta de los testigos hizo temblar al dueño.

—Sin la menor duda —afirmó uno de ellos—. Y no vamos a permitir que esto suceda con consentimiento del dueño.

—Es este grandullón —protestó uno de los jugadores— el que ha hecho creer lo de las trampas. Estamos jugando todos los días y nadie ha dicho nada hasta ahora.

—Porque no se han fijado hasta este momento —dijo Marlon—. ¿Trabajáis vosotros dos en algo que no sea el naípe? ¡Estoy seguro que no!

—Tiene razón —intervino otro de los testigos—. No trabajan en nada. Se pasan las horas sentados en la mesa, de juego.

El dueño, que estaba muy nervioso, retrocedía.

—Yo le daré a este charlatán...

Y uno de los jugadores trató, en efecto, de disparar sobre Marlon.

Cuando caía sin vida a causa de un disparo hecho por Marlon, dijo éste:

—Otra equivocación. Hay que colgar a todos estos ventajistas.

Y fueron arrollados los jugadores por los clientes. El dueño supo salir antes de que prendieran fuego al local, incitados por Marlon.

Pero con él perdía todo cuanto tenía.

Y corrió a la casa del juez. Éste abrió la puerta y exclamó:

—¿Qué pasa? Tienes el rostro como la nieve.

—Han colgado a todos y prendido fuego al local. Lo hemos perdido todo.

—Eso es obra del *sheriff* —dijo el juez—. Cobarde... Ha sabido vengarse. No has debido empujarme a que le destituyeran. Ya ves lo que hemos conseguido.

—Estamos en la ruina. No he podido sacar nada, y gracias a que he salvado la vida.

El juez estaba furioso.

—Todo lo ha organizado ese muchacho tan alto que llegó.

—¿Dices que es un joven muy alto? ¿Más de seis pies?

—Sí —dijo el dueño del local—. ¿Es que le conoces?

—Es el que ha llegado con Milton Forrest. No hay duda. ¡Le ha enviado el *sheriff*!

—Si Milton sabe que soy el dueño, es obra de él, Y me buscará para matarme.

—Nos vengaremos de él. Voy a hacer que no le compren el ganado que ha traído.

—No provoques a Milton. Ya ves lo que ha pasado por tu actitud para con él y el *sheriff*. Es mejor perder el local que no la vida, y te aseguro que la perderás sin remedio si le provocas otra vez... No conoces a Milton como yo.

—Pues he de vengarme de lo que ha hecho.

Y el juez salió a la calle para encaminarse a los bares en que solían ir los compradores de ganado.

Pero cuando llegó, estaban subastando la manada de Milton.

—¡Ese ganado no puede ser subastado! —gritó, en su furor por llegar tarde.

Milton avanzaba hacia él y Marlon lo mismo.

—¿Quiere decir la razón, señor juez? —inquirió Milton.

—Habéis provocada la estampida en mi *saloon* para que le quemaran.

—¿Habéis oído, muchachos? ¡El juez era el dueño de ese *saloon* en que se hacía trampas por los ventajistas amigos de él y empleados suyos!

Era ya tarde, pero el juez se dio cuenta que no había sabido lo que decía.

—No es que fuera mío... Era de un amigo al que han arruinado.

—Demasiado tarde. Ha confesado que era suyo. Trataba de vengarse impidiendo la venta de este ganado. Pero estamos esperando nos diga la razón por la que no se puede subastar.

—Porque es ganado de Bart y de Buddy. Cuando se entere Clyde de esto que has hecho, no creas que te reirás de él. No se le puede robar como lo has hecho tú.

—¡Hombre! —exclamó, el *sheriff*, que avanzaba hacia él—. No sabía que estabas en relación con ese cuatrero y que por ello ayudabas a sus colaboradores. ¡Has confesado que el ganado de Bart y Buddy es de Clyde! Te voy a detener por cómplice de los cuatros que están arruinando a esta ciudad. Ya no se atreven a venir los ganaderos por temor a Clyde y otros como él. Y es el juez el que les ayuda a consumir sus robos y a que estén ocultos en la ciudad. Está furioso porque se ha prendido fuego al nido en que solían esconderse.

—Escuchad, muchachos —dijo John, avanzando—. Soy un rural que ha venido para advertir al *sheriff* que Milton Forrest es un bandido y que había robado éstas reses. Pero el *sheriff* no ha querido hacerme caso. Y ayuda a ese pistolero.

—¡Un momento!

John vio avanzar hacia él a sus compañeros, los cuales llevaban las armas empuñadas.

—Sigue hablando —dijo uno—. Pero confiesa que te has escapado del fuerte porque ibas a ser colgado. Ahora ya no te escaparás.

—No se escaparía de ningún modo —intervino Milton—. Ni el juez tampoco. Nada de detenciones. Vosotros, como rurales, tenéis un reglamento que es preciso respetar. Ésos son los vaqueros que me han acompañado a traer estas reses. Todos ellos, rurales del destacamento de Amarillo. Y este cobarde, ya habéis oído que es un huido. Asesinó a un compañero para escapar.

—No quise matarle —gritaba John, aterrado—. Le golpeé solamente para alejarme de allí.

El juez se sabía en peligro y trató de huir.

—Nada de escapar, cobarde —impidió el *sheriff*—. Voy a demostrar a la ciudad que sé cumplir con mi deber.

—Tienes que perdonar. No sabía que eran rurales esos muchachos. Me engañó este otro.

—Sabías que ayudabas a Clyde por conducto de sus hombres —añadió el *sheriff*.

—¡Atrás todos vosotros! —decía Milton—. ¡Voy a matar a este cobarde!

—Tenéis que impedirlo —suplicaba John a sus excompañeros.

—No lo impedirá nadie —le interrumpió Milton—. Eres un cobarde.

John quiso salvar la vida por el único medio que tenía a su alcance.

El uso del «Colt» era para él cosa habitual y no era de los lentos, pero no para enfrentarse a un hombre como Milton.

Milton disparó varias veces sobre John, haciéndole dar una vuelta en redondo

antes de caer al suelo.

Y el *sheriff* no pudo contener a los testigos, que se lanzaron sobre el juez, arrastrándole antes de morir colgado.

Bart y Buddy esperaban en un bar para saber el resultado de la intervención de John, que había ido a la subasta de acuerdo con ellos.

Uno de sus vaqueros, al ser descubierto por Marlon, le dijo a éste dónde se encontraban.

Como estaba Milton al lado de él cuando hizo hablar al conductor, se unió a Marlon para ir en busca de los dos cobardes.

Los dos estaban bebiendo en compañía de los hombres de su confianza.

—No creo que John consiga nada —decía Bart.

—Si hace saber que es un rural, puede ser creído y no lo pasarán bien esos dos grandotes.

—Hasta que no sepa que ha sucedido allí, no estaré tranquilo —terminó Bart.

Capítulo VIII

Estaban sentados en una mesa y atendidos por una de las mujeres que les era conocida de tantas veces como habían ido a la ciudad.

Fue ella la que se acercó a decir:

—¿No habéis oído? Han colgado al juez.

—¿Al juez? —exclamó Bart, asustado—. ¿Por qué? ¿Se sabe algo?

—Dicen que ha sido en la plaza de las subastas cuando trataba de impedir la subasta de una manada que han traído dos hombres muy altos y un grupo de rurales que figuraban como conductores.

—¿Rurales? —se asombró Buddy.

—Es lo que están diciendo unos vaqueros al lado del mostrador.

Todos se encaminaron hacia allí para enterarse de lo que había pasado.

—¿Es cierto que han colgado al juez? —preguntó Bart a los indicados por la muchacha.

—No hace mucho —respondió uno.

—¿Por qué? —dijo Buddy—. Parecía una buena persona.

—Pero ha tratado de impedir la subasta de un ganado y parece que lo hacía ofendido porque habían quemado un *saloon* como éste en el que tenía parte. Los muchachos, excitados por sus palabras, le han arrastrado y colgado después.

—¿Han sido los vaqueros? —siguió preguntando.

—Sí, pero el *sheriff* estaba decidido a castigarle.

—¿Y se ha subastado ese ganado?

—Y a un precio superior a todos. Han sacado una buena cifra. Y eso que un rural ha tratado de impedirlo también, pero ha resultado que ese rural era un evadido del fuerte de Amarillo, al que perseguían varios compañeros, por haber huido de dicho fuerte, después de asesinar a otro. Eran los vaqueros de esos muchachos. Y aquél les estaba acusando de cuatros. Cuando vio a sus compañeros, pidió perdón. Y ha muerto a manos de ese Milton. ¡Qué modo de disparar! ¡Se ha retorcido el cuerpo antes de caer, a fuerza de plomo!

—¡Hombre! —exclamó otro—. Ahí entra Milton Forrest.

Bart y Buddy quedaron mudos y sin color en el rostro.

Los que hablaban con ellos se dieron cuenta de esto y se apartaron.

—¡Hola, cobardes! —saludó Milton.

—No tienes que culparnos a nosotros. Dijimos a John que era verdad que Walter y Frank te habían dado esas reses, pero no quiso hacernos caso.

La entrada del *sheriff* desarmó a los que hablaban.

—¿No eres tú el que me denunció como cuatros a estos muchachos para que no les dejara entrar en la ciudad con las reses? —preguntó el *sheriff* a Buddy.

—Nos estaba diciendo que fue John Lorre.

—Han sido estos dos, primero, Y luego ese granuja que fue rural —dijo el *sheriff*.

—Tienes que escuchar, Milton. Nosotros no queríamos hacerte daño —se excusó Bart.

—Ya lo sé. Queríais que nos colgaran por cuatrerros —replicó Milton.

—Es verdad que te dieron esas reses. Quise decirlo al *sheriff*, pero Buddy no me dejó porque estaba ofendido con ese muchacho que le dio una paliza.

—No seas cobarde ni embustero —le interrumpió Buddy—. Estabas, como yo, decidido a que se les colgara por cuatrerros. Es verdad que te denunciarnos, pero ahora no se trata de pelear con los puños —dijo, mirando a Marlon.

—Por desgracia para ti, así es —aseguró Marlon—. De una paliza se repone uno en más o menos tiempo, pero el plomo es demasiado indigesto si se ingiere en cantidad. Y tengo reservadas para ti unas onzas.

—No es lo mismo que aquello. Y no creas que me importa que esté Milton a tu lado. ¡He dicho muchas veces a Clyde que no debía tenerle miedo!

—¿Dónde está? —preguntó Milton.

—Búscale si es que te atreves y sabes —dijo Buddy.

—Clyde no ha tenido suerte este viaje. Las reses que habéis traído serán abonadas a los dueños de los hierros que tienen y que son conocidos en la ciudad —dijo Milton—. El *sheriff* de ahora no le tiene miedo a él ni a los cobardes que le sirven.

—Y puedes estar seguro que así es —corroboró el *sheriff*—. Se han equivocado al nombrarme *sheriff*.

—Es que esperaban otra cosa de usted.

—Sabían que fui como dicen que eres tú —explicó a Milton—, pero me he convencido que se vive mejor dentro de la ley que fuera de ella.

—No estoy discutiendo con el *sheriff*, sino con ese grandullón que me sorprendió una vez con los puños que hay que reconocer los tiene fuertes. Ahora se trata de éstas...

Pero al hablar de las armas, no movió las manos ante el temor de que Milton lo interpretara mal.

Milton sonreía porque se había dado cuenta.

—Te has buscado mal enemigo, Buddy. Es más peligroso que yo.

—No me vas a asustar, Milton. No importa que digas eso. Me conoces también a mí.

—Eres de plomo comparado a él. Yo no llegaría ni a sacar en un duelo frente a él. ¡Fíjate qué te pasará a ti! —añadió Milton.

—No debes asustarle tanto —intervino Marlon—. Me agrada que no tenga el menor lastre en la voluntad y el pensamiento para que sea todo lo rápido que él se cree.

—Están jugando contigo para ponerte nervioso —dijo uno de los vaqueros—. Y sin no te decides a ir pronto a las armas, cuando quieras hacerlo estarás frenado por las dudas.

—No te preocupes. No creas que me asusta lo que diga Milton. Tampoco le temo

a él. He repetido muchas veces a Clyde que yo me atrevía a vencerle si me daba una buena cantidad.

—Supongo que Clyde, que es muy superior a ti, se reiría —dijo Milton—. Es el único que me conoce de veras y por eso me huye y tiene tanto miedo.

—No digas tonterías. Clyde no te teme.

—¿Por qué no me indicas dónde está? Porque sabes que está escondido. Y es de mí de quien se esconde. No hay otra persona en la Unión que le produzca miedo como yo.

—Creo que debéis dejarme a estos pájaros de mi cuenta —dijo el *sheriff*.

Buddy se echó a reír.

—Usted es un niño al lado nuestro.

El *sheriff* sonreía.

—¿Estás tan seguro de ello? Ya no podrás ver a Clyde. Hace tiempo que no le veo tampoco yo. De no ser así, él te informaría y se moriría de risa si oía estas palabras. Y no comprendería que no te haya matado cuando lo has dicho.

Sin que se dieran cuenta, el *sheriff* empuñó su «Colt».

—¿Ves? ¡Un verdadero niño a tu lado! ¡Tiene gracia! Anda, camina... Te voy a colgar en el sitio más visible y frecuentado de la ciudad. Es el comienzo de lo que les espera a todos los cuatros de la ruta. Nada de pruebas. Si los rurales no pueden sortear el reglamento, cuando los ladrones lleguen a esta ciudad, les iré eliminando yo. Y al comprador que adquiera una sola res de ellos, le colgaré también.

Buddy estaba muy pálido.

Marlon y Milton miraban sorprendidos al *sheriff*.

—No he visto a nadie que haya conseguido empuñar con esa rapidez —opinó Milton.

—Es que no te has mirado al espejo cuando decides hacerlo tú —respondió el *sheriff*.

Bart estaba también aterrado.

—He dicho que camines y con las manos muy altas —ordenó el *sheriff* a Buddy.

—Me ha sorprendido, *sheriff*.

—Es lo que pasaría siempre. No te hagas ilusiones. No sirves para compararte a nosotros tres. Cualquiera de estos dos es más peligroso que yo.

—Habla así porque tiene el «Colt» en la mano, que ha conseguido sacar en un alarde de sorpresa.

—No me vas a convencer. He dicho que te voy a colgar. A no ser que prefieras te mate antes. Para mí, el orden de factores no importa mucho.

Y el *sheriff* enfundó nuevamente.

—Supongo que ahora estamos en igualdad de condiciones, pero cuando me obligues a mover las manos, será para matarte.

—¡*Sheriff!* Ya ha oído antes que era conmigo con el que quería hablar. Hace unas semanas que hay una deuda pendiente entre nosotros. Quiere que le dé el desquite

con naípe distinto ahora. ¿Verdad que es eso lo que más deseas?

—Me gustaría tener oportunidad de demostrar que te puedo matar fácilmente, si no hay ventaja de tu parte —afirmó Buddy.

—El *sheriff* me va a permitir que sea yo el que te mate. Así que me tienes a tu disposición cuando quieras y siempre que no tardes más de cinco minutos.

—Puedes decir lo que quieras.

—Mira ese reloj y piensa que si pasan los cinco minutos, seré yo el que dispare.

—Déjele —indicó Milton al *sheriff*—. Es el peor enemigo que podría encontrar en su camino, aparte de usted.

—¡*Sheriff!* —intervino el dueño del local—. No me agrada que haya peleas en mi casa. Pueden ir a la calle a hacerlo, pero me parece que son ustedes muchos para Bart y Buddy.

—Puedes ponerte al lado de ellos —dijo Marlon.

El dueño palideció.

—¿No es esto una provocación, *sheriff*?

—Es darte la oportunidad que deseas para ayudar a tus amigos —aclaró Milton.

—¡No te fíes de él! —advirtió el *sheriff*—. Supongo que ya tiene su gente preparada cuando se ha decidido a intervenir.

—Lo que no sabe —dijo uno de los rurales— es que estamos vigilando a los que tenemos más cerca, y así que se inicie un movimiento que nos parezca solamente sospechoso, le colgaremos.

Palabras que Milton entendió habían disgustado al dueño.

—Yo creo que es mejor que se ponga al lado de esos dos. De ese modo, no podrá decir que hubo ventaja por parte de Marlon. Es digno de verse y van a comprobar los testigos que están ante el hombre más veloz de la Unión. Y eso que, como él suele decir, ha nacido y se ha criado hasta hace muy poco en Virginia.

—¿Piensas así de veras, Milton? —dudó el dueño—. Eso quiere decir que le consideras mejor que tú. Hasta ahora decían que eras el «Colt» más rápido del oeste.

—Es mucho más rápido y seguro que yo —afirmó Milton—. No vas a tardar mucho en comprobarlo, porque solamente faltan unos segundos para los cinco minutos.

Y llegada esa hora, disparará a matar y estarás incluido en su punto de mira.

—No me he metido con él. Le he dicho solamente que no quiero peleas en mi casa.

—¿Has pensado siempre lo mismo? ¡*Sheriff!* ¿No hubo muertes en este local?

—Más de seis —aclaró el *sheriff*.

—¡Diez segundos! —dijo Marlon.

Buddy estaba seguro de que, llegada la hora, Marlon dispararía, y quiso ganar el tiempo preciso para ser él el primero en hacerlo.

Pero Milton no había exagerado.

Y los tres cayeron por los disparos de su amigo.

—¿Qué dice, *sheriff*?

—Nada. Estoy admirado.

Milton disparó sobre el barman.

—Quería traicionarnos. Y eso que me conocía —dijo Milton— y me había visto pendiente de él. Eran primos. Y no olvidé el parentesco. Un loco. Pudo heredar este local.

Salieron todos a la calle.

El *sheriff* se marchó en busca de los compradores de reses.

Les reunió horas más tarde en su oficina y estuvo hablando con ellos.

Los compradores tenían que estar de acuerdo. La amenaza era firme.

Al día siguiente, Marlon y Milton visitaron la plaza de las subastas.

Estaba más concurrida que nunca.

—Se había corrido la voz de la entrada de un equipo de cuatreros e iban para ver si los compradores se resistían a la tentación de quedarse con las reses por un puñado de dólares.

Se trataba de uno de los equipos a los que más se temía en la ruta.

Era una especie de competidor de Clyde.

Una buena piedra de toque para probar a los compradores.

Ninguno de ellos se presentó en la subasta.

El *sheriff* y sus dos nuevos amigos presenciaban la presentación de las reses de muestra.

Cuando llevaban algunos minutos voceando la subasta, se puso al lado del subastador uno de los del equipo, que Milton comprendió era el capataz.

—¿Es que no hay compradores en esta plaza?

Nadie respondió.

—Me parece que los vamos a colgar a todos —añadió—. Ya estáis buscándoles, Pero el de la subasta tenía su ley y dijo:

—Lo siento. Si a mi último anuncio, nadie ofrece, habrá que esperar a otro día.

—¡Se subastará hoy! —ordenó el capataz.

—Estás equivocado, Henry. No se hará como no sea dentro del plazo. Y después habrá que esperar una semana, por lo menos.

—Te he dicho que se va a subastar hoy —añadió, más amenazador, el capataz.

—¿Qué hierros tienen esas reses que vendes? —intervino el *sheriff*.

—Nunca se ha preguntado esto en la subasta.

—No subasto. ¿Es que no me conoces? Soy el *sheriff* de esta ciudad.

—Si sigue por este camino, lo será por poco tiempo —replicó el capataz.

—No me has respondido qué hierros tiene ese ganado, ¿verdad? ¿Son los tuyos?

—La última vez que estuvimos aquí había otro *sheriff*. Estoy seguro de que mañana habrá que elegir otro más. No tengo mucha paciencia.

—Pues la vas a perder, entonces, porque he dado orden a los compradores de no subastar. Y al que lo haga, le colgaré.

—Nunca se ha metido el *sheriff* en lo de la subasta —comentó otro vaquero del equipo que quería subastar.

—¡Se declara desierta esta subasta, y si el dueño del ganado quiere, queda emplazado para dentro de una semana! —dijo en aquel momento el subastador—. ¡Otras reses!

—Un momento —añadió el capataz—. ¿Quieres repetir eso?

Lo estaba haciendo el subastador cuando, un disparo le interrumpió.

El capataz había sido desarmado por el *sheriff*.

—Ibas a asesinar a un hombre que no hace más que cumplir con su deber —dijo el *sheriff*—. Y eso es un crimen. No soy partidario de perder el tiempo con juicios que no conducen a nada. ¡Así que te condeno a morir colgado por cobarde!

Milton y Marlon dispararon varias veces sobre los que ya tenían armas empuñadas.

—¿Eran de tu equipo? —preguntó el *sheriff* al herido—. No comprendo la facilidad que tienen, los *cowboys* para jugarse la vida por lo que no les interesa.

El herido en la mano miraba sorprendido y un tanto asustado al *sheriff*.

—¿Me dais alguno una cuerda? —pidió el *sheriff*.

—No crea que he venido solo —decía el herido.

—Ya han muerto algunos de los que te acompañaban —le interrumpió el *sheriff*—. Y muy pronto estarás colgando.

Ofrecieron varios lazos y el *sheriff* eligió uno.

—Creo que es mejor que seas tú el que elija la cuerda —indicó el *sheriff*.

—Puede que sirva para usted, *sheriff* —dijeron a su espalda—. ¡Ya está levantando las manos!

Pero se oyó un nuevo disparo y cayó sin vida el que encañonaba al *sheriff* por la espalda.

El capataz herido trató de huir.

Bajó las dos manos que había puesto sobre la cabeza, incluso la herida, e intentó utilizar el «Colt» con la otra mano.

—Puede colgarle muerto. Es lo mismo —dijo Marlon, que había disparado sobre el traidor.

El resto del equipo desapareció de la ciudad y el jefe del mismo estaba asustado.

Buscó entre los amigos para llevarse las reses a otra ciudad, pero la manada había sido intervenida por el *sheriff*.

A pesar de su fama, no se atrevió a ir en busca del *sheriff* para afearle lo que había hecho.

Era la primera manada llevada por cuatrerros que no se subastó y que quedó a disposición de los dueños del ganado.

Cuando los dos amigos se despedían del *sheriff*, le estimaban muy de veras.

Milton y Marlon salieron con el carretón en busca de ganado.

Tenían una verdadera fortuna.

Y en pocos meses realizaron dos viajes más.

—Ahora empezamos a tener dinero —dijo Milton—. Dentro de dos años podremos abandonar la ruta.

Con objeto de ganar tiempo, compraban lo más cerca posible de la ciudad.

Efectuaba el pago de las reses y exigía un recibo, delante de los que había contratado para conducir las reses.

De este modo estaba claro que no era uno más.

Milton pidió a Marlon que fuera a ver a la familia y les anticipara que no tardaría en tener una fortuna. No hubo necesidad de insistir mucho. Y un mes más tarde, estaba en Richmond.

* * *

Ante una de las más suntuosas residencias de la lujosa Virginia, estaba Marlon esperando que le franquearan la entrada.

La verja que siempre solía estar abierta y los porteros atentos, se hallaba cerrada y ésta era la causa de que estuviera aguardando.

Un negro abrió al fin, preguntándole qué quería.

—Vengo a ver a Cyntia —dijo, entrando en el hermoso parterre.

Avanzó decidido hasta la casona de amplias y blancas galerías.

Nueva llamada y nueva espera.

Por fin, una doncella bastante guapa apareció.

La joven doncella miraba a Marlon un poco extrañada.

También para él resultaba desconocida aquella mujer.

—¿Dónde está Cyntia?

—No puede atenderle. Espera la llegada de su prometido y no creo le agrade ver que recibe a otro joven.

—¡Marlon! ¡Marlon! No hagas caso de esta imbécil, que tiene instrucciones de mis parientes y del cobarde de Bill.

La joven que avanzaba por el vestíbulo se abrazó a Marlon, cubriéndole el rostro de besos.

—Puede marcharse. No la quiero más en esta casa —ordenó a la doncella. He detestado la mentira y la cobardía. Y usted tiene los dos defectos.

—Yo he creído que...

—No quiero que crea nada. Lo que deseo es que se marche cuanto antes si no quiere ser echada por los otros criados de una manera violenta —añadió Cyntia.

—No he querido ofender a nadie.

—¡Basta! ¡Márchese!

—Es posible que haya cumplido órdenes y ella no es responsable de las mismas —intervino Marlon—. No hay que empañar la alegría de este encuentro. Otra vez no cometerá la misma torpeza.

—Es que está al servicio de Bill y no al mío. Trata de hablarme a todas horas de él para convencerme de que es el marido ideal. Claro que la culpa es mía, porque hace tiempo que he debido prohibir a ese cobarde entrar en esta casa. Y con él han debido marchar mis primos y esta idiota.

—¿Es que no me vas a invitar a tomar nada?

—Vamos a hacer mucho más. Voy a pasear por la ciudad cogida de tu brazo para que todos se den cuenta que seguimos más enamorados que cuando cometiste la tontería de marcharte. Ven, vas a escoger el vestido que quieres que me ponga. ¿Te acuerdas? Lo hacías siempre.

Y se llevó a Marlon con ella.

—¿Siguen tus primos contigo?

—Y son los que están de acuerdo con el administrador. Entre todos me están robando. Lo único que me preocupaba era recibir tus cartas. Por cierto que no te has prodigado mucho y siempre diciendo que no sabías dónde podías recibir respuesta. Pero era bastante saber que me querías. No te importe, si no tienes suerte. ¿Qué ha sido de ese amigo tuyo que era pistolero?

Capítulo IX

Mientras ella se vestía tras un biombo, Marlon estuvo refiriendo toda la historia de su encuentro con Milton la segunda vez.

—Así que ahora somos conductores de ganado nuestro y ganamos varios miles en cada viaje. Dentro de dos años, tendré una fortuna. Podré adquirir un rancho y en él viviremos si es que aún sigues enamorada de ese bruto de Marlon.

—Soy la mujer más dichosa de la tierra con mi salvaje Marlon Me gustará conocer a Milton. Le quieres de veras. Y cuando los rurales le aprecian así, es porque lo merece.

—Si vivieras una temporada en el rudo Oeste, te enamorarías de él. No hay tanta hipocresía como en esta tierra —dijo Marlon.

—Viviré donde quieras que lo haga, pero nada de intentar escapar nuevamente sin habernos casado y sin llevarme a tu lado.

—Has de tener paciencia. Un poco más de paciencia. Te aseguro que vendré por ti muy pronto.

—No necesitas ganar más dinero. Yo tengo para comprar ese rancho y que seamos dichosos. Deja el orgullo, que no tiene razón de ser tratándose de mí.

—No insistas, te lo ruego. Es muy poco lo que has de esperar ahora.

Y sin haberse puesto de acuerdo, salieron a la calle.

El resto de la servidumbre que conocía a Marlon, le saludaron con afecto y alegría.

La doncella, que había sido despedida, pero que esperaba que la perdonaran, escuchaba los comentarios de los compañeros respecto a la pareja.

—Hace varios años que están enamorados ciegamente —decía uno.

—Desde que eran niños —añadió otro.

—No comprendo que digan que se iba a casar con Bill. No le han estimado nunca en esta casa —oponía un tercero.

Los dos jóvenes despertaron la curiosidad de las gentes, la mayoría de las cuales la saludaban a ella.

De Marlon había muchos que no se acordaban y otros no lo conocían.

Bill, que estaba en el club donde solía ir a diario, era contemplado por los que entraban, y uno de ellos le dijo:

—¿Sabes que tu prometida está paseando por la ciudad con Marlon del brazo? ¿No decías que aquello terminó? Era difícil. Se amaban demasiado para ello.

—Es un cazador de dotes —se indignó Bill.

—No eres justo porque, de haber querido, estaría casado hace tiempo con ella.

—¿No decían que Bill era el prometido de esa muchacha? —comentó otro.

Eso es lo que decía éste, pero la verdad es que ella nunca ha afirmado nada en ese sentido.

Bill estaba furioso.

Y salió del club con dos amigos para buscar a la pareja.

Varios de los que estaban en el club salieron detrás de Bill a cierta distancia, para presenciar el encuentro.

Bill se enteró de que estaban en un establecimiento, dispuestos a comer juntos.

Y estuvo estudiando el medio de afrontar a Marlon. Para ello se iba a servir de los amigos que esperaban se casara con la muchacha para vivir por cuenta de él.

Eran muchos los que sabían la verdadera situación económica de Bill, que quería conjurar con la boda.

Todo esto lo sabía Bill y de ahí que estuviera furioso con el regreso de Marlon.

Estaba enterado por los primos de lo que Marlon decía en las cartas, y, pensando en su amistad con un pistolero, visitó a un periodista amigo para que hiciera un artículo sobre esta complicidad.

Razón por la que decidió no encontrarse con Marlon hasta el día siguiente. Había que esperar a que la ciudad supiera que posiblemente había venido huido del Oeste y tal vez reclamado.

Para Cyntia fue una sorpresa el no encontrar en todo el día a Bill.

Siempre había tenido miedo de Marlon, que más de una vez le había dado varias palizas en la época de estudiantes.

Fueron muchos los que felicitaron a la pareja porque volvían a estar juntos.

Marlon era muy estimado en la ciudad, aunque su padre se hubiera arruinado. Porque en su ruina no arrastró a nadie de los que estaban ligados a él.

Esto suponía una honradez y grandeza de alma que ganó el afecto de todos.

Y el gesto digno de Marlon, al no aceptar la ayuda de Cyntia para terminar los estudios que tan brillantemente realizaba, aumentó la simpatía hacia él.

Por eso les alegraba verles juntos y felices.

Estos comentarios hacían enloquecer de ira a Bill.

Estaba seguro de que la mayor parte de la ciudad se alegraba de la vuelta de Marlon y de verle desplazado de la muchacha.

Los primos no fueron ese día a la casa. Tenían miedo de encontrarse con Marlon, al que habían insultado en su ausencia y sabían que Cyntia habría contado lo sucedido.

La fama de salvaje que tenía en la ciudad era lo que hizo desaparecer a los parientes de Cyntia.

Marlon había dicho que pensaba estar poco tiempo allí, y esperaban a que marchara.

Pero a la mañana siguiente, cuando Cyntia vio el artículo publicado por el amigo de Bill, pateaba los muebles y cuanto encontraba a su paso.

—Esto es obra de mis primos y del cobarde de Bill —exclamaba—. Ellos han leído las cartas de Marlon.

Minutos más tarde mandaba a los criados que sacasen todo lo que sus primos tenían en la casa. Lo llevaron a un hotel.

Los porteros tenían orden de no dejarles entrar en la casa. Lo mismo que a Bill.

Bill, cuando vio el artículo, reía de buena gana.

La ciudad estaría a esas horas haciendo comentarios sobre Marlon.

Y se decidió a visitar a Cyntia, pero al llegar a la verja, no le dejaron entrar.

Era una reacción en la que no había pensado.

Nada le importaba Marlon en lo que no estuviera relacionado con ella.

Perder la amistad de Cyntia era dar a conocer que no se salvaría de la ruina, y los acreedores, de echarse encima, lo llevarían a la cárcel.

Por eso insistía en que tenía que ver a la muchacha.

Pero los porteros eran enérgicos y no le permitieron entrar.

Había en la calle varios testigos viendo la discusión de Bill con los porteros.

Marlon, por su parte, buscaba al periodista que había hecho el artículo y cuyo nombre supo por el director que estaba bastante asustado, ya que se publicó sin su conocimiento.

Estaba seguro de que le costaba el prestigio gozado hasta entonces por su diario en beneficio del otro que se publicaba.

El afecto que sentían en Richmond hacia Marlon y Cyntia le iba a costar muy caro, y estaba incomodado con el que se atrevió a escribir aquello sin decirle nada.

El periodista estaba ufano de su obra, bebiendo un *whisky* en el club.

Los que conocían a Marlon, al verle entrar, miraron al periodista.

Éste, que conocía a Marlon de la época de estudiantes, se puso serio al verle avanzar hacia él.

—No me culpes a mí —exclamó, retrocediendo—. Me dio Bill los datos. Y tengo unas cartas tuyas en las que hablas de ese pistolero.

—¿Quién te ha dado esas cartas? Eso indica que has asaltado la casa de Cyntia. ¿Verdad que es un delito grave?

Y como un tigre, saltó sobre el periodista.

Cuando le sacó a la calle, estaba destrozado materialmente. Rota la ropa, deshecha la boca y el rostro y lleno de sangre por todas partes.

Una vez en la calle, le dio con ambos pies en la boca, en la frente, en el cuerpo.

Varios amigos se abrazaron a él para que no terminara de matar al cobarde periodista.

Se encaminó a la casa de Cyntia y se encontró con Bill que seguía discutiendo con los porteros.

Al ver a Marlon, echó a correr.

Y Marlon más ágil que él, no tardó en darle alcance. Bill pedía perdón, pero no le sirvió de nada. Los testigos no intervinieron.

Y Bill quedó tan destrozado como el periodista, más, si es que ello era posible sin morir.

Cuando le llevaron a su casa, estaba el juez para reclamarle las muchas deudas que tenía, y sin mirar su estado, fue conducido a la prisión.

Los primos de Cyntia y el administrador desaparecieron de la ciudad.

No podían esperar a que les sucediera lo mismo que a los otros dos, y conocían a Marlon lo suficiente como para estar seguros de que lo haría.

Cyntia reía cuando era informada de lo que hizo Marlon.

—No comprendo a Bill. Conoce a Marlon de sobra. Tiene que estar loco.

—Le han detenido por las muchas deudas que tiene. Ahora ya no les queda la esperanza de que se case contigo —dijeron.

—Han hecho bien.

Pero Marlon había desaparecido de la ciudad también.

La madre de Marlon no sabía nada, pero estaba segura de que había vuelto al Oeste.

* * *

Más de un mes hacía que Marlon buscaba noticias de Milton.

Supo que le habían visto por la parte de San Antonio comprando ganado para llevar a Dodge.

Tres semanas después, estaba por allí.

No se atrevía a preguntar a los rurales, pues aunque le apreciaban, no podían hacerlo, ya que tenían la misión de perseguirle por algo que hizo años antes.

Y en un pequeño pueblo donde se atrevió a preguntar por él, vio cómo se miraban el barman y uno de los clientes.

Al fijarse detenidamente en los dos, recordó haberlos visto el día que murieron Walter y Frank, se convenció de que eran dos de los que iban con ellos.

—¿Sabes que ese muchacho por el que has preguntado es un pistolero al que se busca hace tiempo? —dijo el barman.

—¿Es posible? Le conocí en Dodge y era muy amigo del *sheriff*. No comprendo que estando reclamado pudiera encontrarse al lado de la ley.

—Pues es verdad —añadió el barman—. Puedes preguntar a los rurales.

Marlon bebió con naturalidad.

Vio entrar a otros clientes que hablaban con el que lo hizo el barman.

Era la hora de acudir los vaqueros.

Los clientes comentaban algo que Marlon no podía oír, pero estaba seguro de que se referían a él.

—¿Es verdad que buscas a Milton Forrest? —le interpelló uno—. ¿Es que eres uno de sus hombres?

Marlon le miró sonriendo.

—Supongo que has dicho a todos estos que formabas parte de los hombres de Frank, el cuatrero que con Walter dependía de Clyde. Y esos otros, con el barman, también pertenecían al equipo de cuatreros. ¿Se lo has dicho?

Los vaqueros miraban a los señalados por Marlon.

—Aquí nos conocen —dijo el barman.

—Pero estoy seguro de que no lleváis más de tres meses o cuatro a lo sumo por aquí. Antes estabais con Clyde y es de suponer que es él quien os ha puesto aquí para que os informéis del movimiento de ganado que puede ser robado por él.

—Es verdad que llevan poco tiempo aquí —dijo uno.

—Y también lo es que a ése le había visto. Tiene razón este muchacho. Iba con Frank, el cuatrero que murió a manos de Milton.

Eran muchos los enemigos que había allí. Y Marlon vigilaba atentamente.

Por eso, al ver que uno de ellos movía la mano derecha, disparó con su rapidez acostumbrada, saliendo a la calle en el momento que disparaban sobre su espalda. Se volvió para matar al traidor barman.

Montó a caballo y huyó.

Hizo galopar a su montura durante horas hasta que todo empezaba a darle vueltas, aferrándose con ansia a la crin del animal.

Poco antes había visto una casa, a la que se dirigió.

Antes de llegar a ella, rodó del caballo.

Cuando volvía en sí, se encontró en una cómoda cama, atendido por unas mujeres, que le sonreían al ver sus ojos abiertos.

—No diga nada. No es grave su herida. Solamente la pérdida de sangre es lo que le ha debilitado algo —dijo la de más edad.

Marlon cerró los ojos.

Fue atendido con afecto por las dos mujeres.

Y pasaron los días.

No tardó en levantarse y estuvo convaleciendo, atendido por ellas.

Los pocos vaqueros que había en el rancho fueron instruidos para que no hablaran de Marlon en el pueblo.

Y como iban muy poco, no fue difícil guardar el secreto.

Solamente había cuatro, y todos ellos de edad, que no sentían la necesidad de los jóvenes de ir a la ciudad para ver a las dos mujeres que habían en el *saloon*.

Flora, la más joven de las mujeres que le atendían, paseó con él en los días de su convalecencia, hablando de asuntos ganaderos.

Nada le decía de las dificultades que observaba en la casa.

—Tenéis poco ganado o pocos hombres —comentó Marlon, en una ocasión.

—No estamos mal de ganado. Mi padre no quiere vender por ahora.

No preguntaba lo que estaba deseando, pero si dijo que se quedaba de *cowboy* una temporada.

Fue aceptado, y con los otros cuatro, estuvo marcando el ganado joven.

Tampoco hablaban los otros de lo que pasaba.

Pero a la tercera semana, se presentaron unos jinetes en el rancho, cuando Marlon estaba sentado con las dos mujeres a la puerta de la casa.

Permaneció sentado, ya que Flora y su madre se pusieron en pie para adelantarse

a ellos.

—¿Quién es ese tipo que está sentado? —preguntó uno de los jinetes.

Marlon vio que lucía una estrella de *sheriff* en el pecho.

—Es un nuevo vaquero que tenemos —explicó la madre.

—¿Nuevo vaquero? —se burló otro de los jinetes—. ¿Para qué?

—Para atender al ganado —dijo Flora—. Los otros son viejos y no pueden estar todo el día a caballo como cuando tenían cuarenta años menos.

—No le he visto por el pueblo —comentó el *sheriff*.

—No pasé por él —replicó Marlon—. Y como no soy amante de beber, no voy.

—¿No le parece extraño, *sheriff*, que se haya quedado aquí sin ir por el pueblo?

—¿Qué tiene de extraño? —dijo Marlon, sin levantarse.

—Eso es el *sheriff* quien tiene que decirlo. Ahora se explica que ésta no haya aparecido tampoco por el pueblo en tanto tiempo. ¿Y tu padre?

—No ha regresado todavía —dijo Flora.

—¿Y habéis admitido a un nuevo vaquero sin estar él aquí?

—Son asuntos nuestros y no tuyos —replicó la muchacha.

—No creo le agrade cuando llegue.

—¿Queríais algo? —intervino la madre de Flora.

—Recordar a ésta que empiezan pasado mañana las fiestas y que los vaqueros nos han pedido vengamos a invitarla como todos los años —dijo el *sheriff*.

—No sé si podré ir.

—No puedes desairar a los vaqueros que quieren les sirvas de mascota —protestó el más joven de los jinetes.

—Está bien, iré. ¿Me acompañarás? —se dirigió a Marlon.

—Desde luego.

—Pero si ha dicho que no le gusta beber.

—Pero es natural que acompañe a Flora. Soy un vaquero de su rancho. A no ser que haya una ley que lo impida.

—Puedes ir, muchacho. Nadie te lo va a impedir —dijo otro de los jinetes—. Y es lógico que lo hagas con Flora. Debes divertirte. Eres joven.

Los jinetes marcharon.

—¿Quién es ese tipo tan remilgado? —preguntó Marlon.

—¡Un cobarde! —exclamó la muchacha, con odio. Marlon sonreía.

—Pues me parece que está enamorado de ti.

—No es eso. Es que ha dicho que he de ser para él y lo ha hecho cuestión de honor. Quiere quedarse con el rancho también. Por eso no deja venir a nadie a trabajar. Y le ha disgustado encontrarte aquí.

—No debieras hablar de estas cosas, que son muy desagradables —dijo la madre.

Marlon entendía que era el momento de hacer hablar a las mujeres.

Pero minutos más tarde llegaba el padre de Flora, que, al desmontar, dijo:

—¿Qué querían esos cobardes que he visto han estado aquí?

—Invitarme para las fiestas.

—¿Quién es ese muchacho? —se extrañó el padre.

Le explicaron lo sucedido y dijo el padre de Flora:

—Gracias por quedarte a ayudarnos.

Pero si esperaba Marlon que fuera más explícito, se equivocaba.

No habló más de los asuntos del ganado.

Estaban comiendo, cuando volvió el *sheriff* con un ayudante y un grupo de jinetes.

La madre de Flora, que había salido a recibirles, entró diciendo:

—Quieren ver a este muchacho.

—Dícales que pasen —dijo Marlon, comprobando de modo instintivo si sus armas salían bien de las fundas.

El *sheriff* y el ayudante quedaron en la puerta.

—Es mi ayudante que desea conocer a este muchacho —explicó el *sheriff*.

Marlon contemplaba atentamente al ayudante. Al fin, le espetó:

—Míreme bien y compruebe que no figuro en ninguno de los pasquines que tiene en la oficina. ¿Está convencido?

El ayudante se puso colorado.

—Es cierto que no coincides con ninguno —confesó.

—No les mato a los dos en honor a esta familia. Son unos cobardes. Y ya se están largando de aquí.

—¿Por qué has vuelto, *sheriff*? ¿Te lo ha pedido el cobarde de Chas?

—Es que mi ayudante quería verle.

—¿Por qué no ha esperado a que vaya al pueblo? ¿Y para eso trae un ejército de jinetes? —intervino la madre de Flora.

—¿Es que no han venido solos? —dijo Marlon—. Vaya, es muy interesante eso.

—Podías ser uno de los que figuran en los pasquines —se disculpó el ayudante.

—¡Largo de aquí! —gritó la muchacha. Los dos obedecieron.

—¡Cobarde!... —exclamó el padre de Flora—. No hace más que lo que le pide Chas... Estará celoso porque ha visto a este joven en la casa.

—Pues debía estar convencido de que le odio con toda mi alma —dijo Flora—, y cualquier día dispararé sobre él para dejar al pueblo tranquilo.

No se volvió a hablar más de las visitas del *sheriff*.

Y a la mañana siguiente, Flora paseó con Marlon hasta la orilla del pequeño río.

—Hace tiempo que nos está acorralando —empezó Flora, al sentarse en el suelo—. Pero tiene que estar más convencido que no sacará nada de mí. Lo que va a hacer es obligar a mi padre a que abandone el rancho. Nadie quiere comprar una res y nos las están robando con descaro. Mi padre ha ido en busca de compradores, pero no les interesa venir tan lejos a buscar el ganado.

Marlon no decía nada.

Se inclinó a beber en el arroyo y, de pronto, metió la mano en el agua, sacando

una hermosa pepita de oro.

—¡Aquí está la razón de que os echen de este rancho! ¡Hay oro! ¿No lo ha descubierto nadie?

La muchacha miraba entusiasmada la pepita sacada por Marlon.

—¡Es la primera noticia que tengo!

—No has de hablar de ello a tus padres. Después de las fiestas iré a la capital. ¿Está muy lejos?

—Unas horas de caballo nada más —dijo Flora.

Y hablaron de proyectos para la búsqueda de oro.

—Esta es la razón por la que no quiere que haya vaqueros. Teniendo pocos, han de estar pendientes de los animales, y como no tiene agua para bañarse con facilidad... Han debido descubrir en alguna parte oro en cantidad. Esta pepita, ha sido arrancada por alguna crecida de este arroyo y ha de llevar años o siglos lavada por la corriente. Esa es la razón por la que está tan pulimentada.

Flora reía gozosa, pero prometió que no diría nada.

Y con el secreto entre los dos, se hizo más estrecha la amistad entre ambos.

El día de la fiesta, la actitud del *sheriff* y de todos era amable, cosa que no agradó a Flora.

Cuando se inició el baile, Flora lo hizo con Marlon en primer lugar. La muchacha veía a Chas mordiendo los labios con rabia.

Le fue quitada la pareja a los pocos minutos.

Una de las mujeres le comprometió para que bailase y también le fue quitada, pero ella protestó diciendo que no era costumbre hacer eso.

Marlon sonreía y, acercándose al que bailaba con Flora, le tocó en el hombro como había hecho con él.

—¡Siéntate y déjame tranquilo! —protestó el que bailaba.

Pero Marlon, seguro de que trataban de provocarle deliberadamente, no quiso defraudarles.

Y cogiendo en vilo al bailarín, lo llevó hasta la puerta le puso en el suelo y le dio varios azotes en el rostro con la mano en un movimiento de vaivén que parecía le iba a arrancar la cabeza del cuello.

—¡Esto para que aprendas a no ser tan cobarde!

Sin dejar de golpear con la mano izquierda, disparó con la derecha dos veces y los que estaban cerca de Chas cayeron con la frente destrozada cuando tenían cada uno de ellos un «Colt» firmemente empuñado.

—¿Dónde está el cobarde que ha mandado a la muerte a esos dos? ¿Has sido tú?

Chas estaba como un cadáver.

—Yo no he mandado nada... —dijo, tembloroso.

—¿Qué te sucede ahora, Chas? Parece que estás asustado, tú que asustabas a todos.

—¡Estás defraudando a los que te han considerado hasta este momento muy

distinto a como eres! Tú mandaste a la muerte a esos dos. Vi cómo les hacías señas para que dispararan dijo Flora.

—No es verdad. No debes excederte en el odio que me tienes. No es verdad que yo haya mandado a nadie.

—Creo que tienes razón, Flora. ¡Es un cobarde!

Había muchos espectadores que no podían concebir que Chas permaneciera callado, después de lo que le habían dicho.

La orquesta dejó de interpretar música y el baile estaba virtualmente terminado.

Empezaron a desfilar los asistentes.

Flora hizo salir a Marlon.

Chas sabía que acababa de perder el respeto que le tenían en el pueblo. Y esto le ponía más que furioso.

—¡Eran unos torpes! —decía por los muertos—. No supieron hacerlo bien. Permitieron que se diera cuenta de lo que iban a hacer.

Los que estaban cerca y le oyeron, le miraban con desprecio.

Cosa que enfurecía más aún a Chas, pero no se atrevió a decir nada.

Sin embargo, al otro día, mediada la mañana, se presentó el *sheriff* en casa de Flora.

El padre de la muchacha miraba a los recién llegados.

—Venimos a buscar a ese muchacho que asesinó a dos vaqueros de Chas anoche.

—¿Estabas en el baile cuando sucedió eso? —preguntó el padre de Flora.

—Había muchos testigos que así lo afirman.

—¡Son unos cobardes embusteros los que digan eso! —exclamó Flora.

—¡Es inútil cuanto digáis! —añadió uno de los que iban con el *sheriff*—. Hemos venido por él y nos lo llevaremos.

—Si estuviera en la casa, ya habríais muerto más de la mitad —aclaró Flora.

—No creas que nos vas a engañar —protestó el *sheriff*—. Sabemos que está dentro.

—¿Y cree que podría hablar como lo hace de estar él aquí? Anoche ya demostró lo que es capaz de hacer cuando se incomoda.

—Como que es uno de los pistoleros que figuran en los pasquines que tengo en mi oficina —aseguró el *sheriff*.

—¡Es usted un pobre diablo que Chas envía para que ese muchacho le mate, y así él, como juez, podrán decir que es un reclamado! Además de cobarde, es usted tonto. Le mandan al matadero y va tan ciego como los terneros.

El *sheriff* quedó pensativo porque lo que decía Flora no era una tontería.

—Anoche vimos el miedo que pasó Chas. Por eso no se atreve a venir él. Envía a sus criados —añadió la muchacha—. ¿No le han contado que le llamó cobarde y no protestó?

—Vamos a registrar la casa —le interrumpió uno de los que iban con el *sheriff*.

Y un grupo de ellos, con las armas empuñadas, entró en la casa.

Cuando salían sin haber encontrado a Marlon, miraban en todas direcciones con un miedo que no sabían disimular.

—¿Cuántos llegarán al pueblo de los que salieron de él? El rifle se dispara con cierta rapidez y las balas alcanzan incluso a los que huyen al galope de su caballo — dijo Flora, riendo.

Esto era lo que la mayoría estaban pensando.

—Ya os estáis largando de mis tierras —ordenó el padre de Flora.

Pero otro de los acompañantes del *sheriff* exclamó:

—¡Es mejor que te calles!

—¡No quiero! —gritó, furioso—. Esto es mío y no quiero cobardes...

No pudo seguir.

El *sheriff* miraba a quien disparó.

—¡No me gusta esto! —exclamó—. ¡No tenía armas!

Y montando a caballo, se alejó con todos.

Cuando llegaron al pueblo, Chas les salió al encuentro.

—¿Y ese muchacho?

—No estaba allí —explicó el *sheriff*—. Y éste ha disparado sobre el padre de Flora y eso que no tenía armas. Si se enteran en el pueblo, nos colgarán a todos.

—No temas, no pasará nada.

El *sheriff* miraba a Chas con miedo.

—Es mejor que haya muerto. De este modo no dará tanta guerra —añadió Chas.

Pero minutos más tarde, llegaba uno de los viejos vaqueros en busca del doctor.

Chas se presentó en casa del doctor, diciendo:

—¡Doctor! ¡No tiene que acudir a curar a quien se enfrenta con el pueblo ocultando a un asesino!

Y el médico tuvo miedo de ir. Dijo al vaquero que no podía.

El viejo vaquero, insultando a todos, marchó al rancho.

Marlon estaba atendiendo al herido, y el vaquero le dio cuenta de lo que había pasado en el pueblo.

Flora estaba sorprendida al ver a Marlon tan tranquilo y que no decía nada mientras curaba la herida de su padre.

—No tiene importancia —dijo al fin—. Unos días de reposo. La bala no ha interesado nada que sea importante. Ha de estar en cama quietecito.

El herido sonreía a Marlon.

—No debes hacerles caso —pidió.

Era el único a quien no engañaba la aparente tranquilidad de Marlon.

En el pueblo, nadie decía nada de lo sucedido. Todos tenían miedo a Chas y miedo a aquel muchacho, al que no habían encontrado en el rancho.

Fueron muy pocos los que se presentaron en el pueblo a beber, aquella noche. Solamente lo hicieron los que ignoraban estos hechos.

El *sheriff* estaba nervioso.

Pero la ambición llegó a cegarle y a decir como Chas que era mejor que muriera él que impidiera que pudieran quedarse con el oro que había en el rancho.

El barman hablaba con un ganadero.

—Creo que han matado a Benson. Han disparado sobre él cuando estaba sin armas a la puerta de su casa.

—¡No es posible! ¡Tienen que haberse vuelto locos!

—Y el *sheriff* no ha hecho nada por condenar al asesino... Han venido a buscar el médico y Chas no ha dejado que vaya a atenderle.

Guardaron silencio al ver entrar al *sheriff*.

—*Sheriff* —dijo el ganadero—. ¿Es verdad que han disparado sobre Benson estando sin armas en tu presencia?

—No he podido evitarlo... Ha sido muy rápido...

—¿Has colgado al asesino?

—Nos estaba insultando a todos —se excusó el *sheriff*.

—Pero si han disparado sobre él cuando estaba desarmado, es un crimen. ¡Si se enteran los muchachos, vais a pasarlo mal!

Marlon, que se había escapado del rancho cuando le creían durmiendo en la cama, estaba oyendo detrás del *sheriff* sin que éste se diera cuenta.

—Ya te he dicho que nos estaba insultando —repitió el *sheriff*—. Y es mejor que no te metas en este asunto... ¡No conviene! —dijo, amenazador.

—¿Qué es lo que le dijo, *sheriff*? —exclamó Marlon a la espalda de éste.

—Ya he dicho que nos insultó y...

Al ver a Marlon se puso muy pálido.

—¡Ve... ras..., mu... cha... cho!... Yo...

—¡No tiemble, *sheriff*! No ha muerto Benson. ¿Ha colgado a ese asesino?

—Yo...

—¡Siga! —ordenó Marlon, disparando sobre un brazo del *sheriff*—. Es muy interesante.

Y otro disparo le rompió el otro brazo.

Volteaba los dos «Colt» y dos nuevos disparos le alcanzaron los hombros.

—¿Qué era lo que estaba diciendo? ¡No me gustan los que mienten!

Y los nuevos disparos entraron por la boca del *sheriff*, que cayó sin vida.

—¡Cobarde! —exclamó Marlon, reponiendo sus armas—. ¡Que nadie salga de aquí!... Al que lo intente, le mataré también.

Nadie se movió, y Marlon llamó a casa del médico.

—Ha de venir al bar con urgencia. Han herido al *sheriff*.

El médico no se hizo repetir la súplica.

Y marchó al lado de Marlon.

—¿Es usted enemigo de Benson?

—¡Cierto que no le estimo! ¿A qué rancho perteneces? No te he visto antes. ¿Estás con Chas, no es cierto?

Marlon no respondió. Estaban llegando al bar. Dejó que pasara el doctor delante. Se inclinó ante el cuerpo del *sheriff*, y dijo:

—Si está muerto...

—¿De veras?... —se burló Marlon—. ¡Si sólo le he metido doce balas en el cuerpo! Ocho de ellas por la boca. ¡No lo comprendo!

Y Marlon tenía los dos «Colt» empuñados.

—¿Hay otro médico por aquí? —continuó Marlon—. Tendrá que extraerle a usted dos balas de cada ojo y ocho de la frente. ¿Cree que podrá salvarse, doctor?

Y empezó a disparar sobre él.

Acababa de reponer las balas en sus «Colt», cuando entraron tres vaqueros.

—Hemos oído disparos y creíamos que estaba aquí ese pistolero que se escondía en casa de Flora —decían al entrar—. ¿Quién ha matado a estos dos? ¡Son el *sheriff* y el doctor! —exclamó, retrocediendo, el que hablaba.

—¡Ha sido ese pistolero! —dijo, riendo, Marlon—. ¿Dónde está Chas?...

—Ha quedado en el rancho.

Tres disparos más y las frentes de los tres quedaron deshechas.

—¡No quiero que salga nadie de aquí! —conminó Marlon.

—No esperaban ellos que se les castigara tan pronto. ¡Decía yo que si Milton Forrest se enterase, vengaría al padre de su novia, pero no ha hecho falta!

—¡Eh...! —exclamó Marlon, asombrado—. ¿Es que es de aquí Milton Forrest?

—Es el novio de Flora... —aclaró el barman.

—¡Tiene gracia! ¡Y yo que quería marchar para buscar a Milton!

Los que estaban en el bar hablaron de lo sucedido con Milton y supo que había sido Chas el que le obligó a matar a unos cuantos y tener que huir.

—Después —decía el barman, siguiendo el relato— Chas se dedicó a acorralar a Benson con la ayuda del *sheriff*.

Marlon reía a carcajadas.

—¡Si sabe Milton que soy yo el que le está vengando...! ¡Y él que no quería hablarme de su vida pasada! Lo que me extraña es que no lo haya hecho Flora tampoco.

—Su padre no quiere ver a Milton... Es enemigo de él... Lo fue de su padre...

—Creo que antes de marchar, dejaré a Benson colgando —dijo Marlon.

Y habló de cómo conoció a Milton y se hicieron amigos, y que a su regreso de Virginia le buscaba por todo Texas.

—Y he venido a parar a este pueblo, que es el suyo, y a la casa de Flora, que es la mujer que ama... ¡Qué pequeño es el mundo!

—¡Vienen los dos ayudantes del *sheriff*! —advirtió uno que estaba cerca de la ventana.

Marlon se preparó para recibirlos.

Los dos quedaron detenidos en la puerta al ver los cinco cadáveres.

—¿Qué es esto? —inquirió uno, mirando al barman—. ¿Es que ha estado aquí ese

cobarde pistolero? Cuando se entere Chas...

—¿Hablabas de mí?... —la voz de Marlon sonó a su espalda.

El ayudante que hablaba se volvió con rapidez y con la peor de las intenciones.

—He matado a siete cobardes, pero queda el más importante. ¡No quiero que sepa la verdad!

—Yo le haré venir —se ofreció el barman—. Me alegrará verle temblar antes de morir. No temas... No te traicionaré... Estoy enamorado de la hermana de Milton. Éstos lo saben, pero no he tenido valor para enfrentarme a él.

Los testigos dijeron que era cierto. Y el barman marchó en busca de Chas. Fueron retirados los cadáveres mientras regresaba el barman.

Pasó bastante tiempo, que emplearon los que estaban en el bar en hablarle de Milton, al que querían todos.

Dos horas más tarde, se oyó el galopar de unos caballos.

—¡Ya están ahí!... —exclamó uno.

Marlon se escondió y dio instrucciones de lo que tenían que hacer.

El barman entró al lado de Chas.

—¿Y el *sheriff*? ¿No decías que estaba aquí?...

—No tardará en venir. Ha dicho que le esperes.

—Podéis entrar —se dirigió Chas a los dos acompañantes—. Y sirve de beber.

—No habéis debido matar a Benson —le aconsejó uno de los clientes—. Cuando Milton se entere es capaz de presentarse aquí y acabar con todos.

Chas se echó a reír a carcajadas.

—No temas. No creo que se atreva a venir.

—Yo no he de temer nada. Han sido tus hombres los que le han matado.

—Y le mataremos a él si es que se atreve a presentarse.

Se abrió la puerta con violencia y cayó el cadáver del *sheriff*.

Todos quedaron mudos.

Segundos más tarde, caía el cadáver del doctor.

—¡Son tus víctimas! —exclamó uno de los que estaban en el bar y que se escondió por orden de Marlon. Hablaba con un pañuelo en la boca.

Chas miraba en todas direcciones, pero las piernas se negaban a moverse.

—¡Chas!... —se oyó una voz cavernosa—. ¡Vas a morir! ¡Han terminado tus crímenes!

Los dos acompañantes estaban tan aterrados como Chas.

Cayeron otros cadáveres más.

—¡Sólo faltáis vosotros! —dijo la misma voz.

—Nosotros no tenemos nada que ver porque...

Un disparo de rifle destrozó la boca al que hablaba.

—¿Qué dices ahora, Chas? —se burló el barman.

Un nuevo disparo y el otro acompañante de Chas caía con la frente destrozada.

—¿Es que no puedes hablar, Chas?... ¿No te reías al hablarte de Milton? —

continuó el barman—. Es él quien me mandó a buscarte.

—No me mates, Milton —suplicó con voz que no conocía ni él.

Marlon entró disparando a los brazos de Chas.

FINAL

—¡Siéntate, cobarde! —ordenó Marlon.

—Yo no quise que le mataran —se disculpó Chas.

—¿Por qué impediste, entonces, que fuera el médico a verle? Ahí tienes a ese cobarde. Voy a cagar mis armas otra vez. ¡Tú eres un hombre importante! Debo darle más plomo que a los otros.

Chas intentó escapar, pero Marlon le puso la zancadilla, haciéndole caer al suelo.

—¡No corras tanto! No he terminado de reponer las balas.

Chas, boca arriba, miraba con los ojos muy abiertos a Marlon.

Fue lo último que vio, porque las armas de Marlon destrozaron su rostro por completo. Sin decir nada, salió del bar.

El amanecer era anunciado por el alba y por el incendio del rancho de Chas, a la puerta del cual había varias colgaduras humanas.

Flora se presentó en el pueblo al darse cuenta de que Marlon no había ocupado su cama.

Había mucha gente en la plaza hablando entre ellos.

Tuvo miedo que hubieran matado al muchacho.

Se apartaron los curiosos para que viera los cadáveres que había en el suelo.

Se cubrió el rostro con las manos.

—¡Qué horror!

—Les ha matado el amigo de Milton. Es el muchacho que últimamente decían iba con él y que se dedicaba a vender y comprar reses.

—¡Y no me dijo nada! —exclamó ella.

—Tampoco le has hablado tú de Milton. Iba buscándole cuando vino a este pueblo que no sabía era el de Milton...

Y refirieron a Flora lo que había dicho Marlon.

Cuando llegó al rancho supo que había estado allí y que dijo a su padre que debía matarle como a los que mató en el pueblo, por no querer a Milton.

—Ya le he dicho que estoy convencido de que era Milton el que tenía razón. Chas me tenía engañado hasta hace poco que vi cuáles eran sus intenciones —dijo el herido.

Flora se abrazó a él.

* * *

—¡Esto sí que es una sorpresa! ¿No es ése Milton Forrest?

—¡El mismo! ¡Tiene una estrella de rural en el pecho!

—¡Ha matado a Clyde y los que estaban con él! —exclamó otro—. Ahora sí que se limpiará la ruta. Las mejores manos con el «Colt», en los rurales...

—Es obra del capitán Houston y del sargento. ¡Le han querido y defendido

siempre!

Llegó otro rural al bar en que se comentaba esto, para decir a Milton:

—Te llama el capitán.

Cuando llegó al despacho del capitán le preguntó éste:

—¿No eres de San Marcos?

—Ése es mi pueblo.

—Pues hemos recibido una comunicación en que dan cuenta de que se ha presentado un tal Marlon, ¿le conoces?, de más de seis pies de alto, y ha matado a docenas de hombres. Entre ellos, al *sheriff* y a todo el equipo de un tal Chas.

—¿Cómo ha sabido que yo era de allí? —se extrañó Milton.

—Ha debido volverse loco, pues ha llegado a amenazar de muerte a un tal Benson si no deja casar a su hija con un tal Milton Forrest. ¿Le conoces?

—¿Han dado orden de perseguirle? —preguntó Milton.

—No he dado cuenta a nadie de esta comunicación. Parece que los muertos lo merecían y lo que ha hecho ese muchacho es aplicar la justicia a su modo.

—Gracias, capitán. Ha matado a quienes debí hacerlo yo...

—Es lo mismo después de todo. Ya no harán daño a nadie.

Unas semanas más tarde llegaba Marlon al destacamento en que estaba Milton.

—Tienes que ir a ver a Flora. Te espera para casarse y para que recojáis el oro en cantidad que hay en el rancho.

—Tendrás que acompañarme. El capitán quiere que entres en este cuerpo.

—¿Pero sabes lo que hice en tu pueblo?

—¡Justicia! ¡Es lo que dice el capitán! —Y Milton se echó a reír.

* * *

Marlon era el encargado de la mina y llevaban trabajando unas semanas cuando se presentó la novia de Marlon para verle.

—Pero..., ¿quién te ha dicho que estaba aquí?

—He sido yo —dijo Flora—. Has conseguido la felicidad nuestra y no quiero que hagáis más años el tonto.

Está decidida a casarse contigo. Eres rico. Nuestro socio en lo del oro.

Al ver los rostros que le rodeaban, se echó a reír.

—¡Está bien! —dijo—. Vosotros ganáis.

Y besó a su novia y a la madre de él, que había sido llamada también.

Fin



MARCIAL ANTONIO LAFUENTE ESTEFANÍA (Toledo, 1903 - Madrid, 7 de agosto de 1984). Escritor español, autor de populares novelas del Oeste.

Nació en Toledo, hijo del periodista y escritor Federico Lafuente, que contaba entre sus obras con *El Romancero del Quijote* (1916). Él enseñó a su hijo a amar el teatro clásico del Siglo de Oro, que llegó a conocer muy bien; el hijo, sin embargo, quiso hacerse y se hizo ingeniero industrial y ejerció en España, América y África. Entre 1928 y 1931 recorrió gran parte de los Estados Unidos, lo que le sirvió luego para ambientar sus historias, cuyos detalles de atmósfera y localización son rigurosamente exactos. Durante la Guerra Civil, Enrique Jardiel Poncela le dio un consejo: «Escribe para que la gente se divierta, es la única forma de ganar dinero con esto». Ése fue el fundamento de su manera de escribir: desde el principio buscó la amenidad, prescindió de las largas descripciones y trabajó sobre todo los diálogos, con unos modismos muy característicos y una acción disparada.

Durante la guerra fue oficial de Artillería del Ejército Republicano en el frente de Toledo y tras ella decidió no exiliarse, por lo que padeció cárcel en España varias veces. En prisión comenzó a escribir de forma más concienzuda, aprovechando trozos de papel que conseguía aquí y allá.

Al salir comenzó a publicar en Cíes, una pequeña editorial de Vigo, obras policiacas o románticas. Sus primeras novelas las firmó bajo los pseudónimos de «Tony Spring» o «Arizona», pero luego publicó ya siempre con su nombre verdadero o las siglas M . L. Estefanía —que algunos confundieron con María Luisa Estefanía— en la

Editorial Bruguera, de la cual fue uno de los principales activos junto con otra novelista popular, Corín Tellado, y las distintas publicaciones de historietas. La novela del Oeste, tal como la configuró Estefanía, principal creador del género, constaba de unas 100 páginas de impresión barata y muy característica, semejantes al pulp norteamericano; se escribía y publicaba una por semana y se vendían a duro (cinco pesetas) cada una, y posteriormente, con la devaluación, a veinticinco pesetas. A veces bastaba con comprar una y, tras ser leída, se podía devolver al quiosquero para, por un precio inferior, conseguir otra. De esa manera las tiradas resultaban engañosas, pues aunque eran muy crecidas y baratas, una misma novela podía ser leída por varias decenas de personas. Sabedor de que sus novelas se leían en los Estados Unidos, cuidaba mucho la verosimilitud histórica, geográfica y botánica del Oeste norteamericano, para lo cual recurría a tres libros en particular: una obra muy completa de historia de Estados Unidos, un atlas muy antiguo de este país, donde aparecían los pueblos de la época de la conquista del Oeste, y una guía telefónica estadounidense en la que encontraba los nombres de sus personajes.

Estefanía vivió en Madrid, pero fue un enamorado de Arenas de San Pedro (Ávila), donde residió mucho tiempo. Escribió su primera novela del Oeste en 1943, con el título de *La mascota de la pradera* (Ediciones Maisal: Biblioteca Aventuras, núm. 78), y firmó un contrato con la Editorial Bruguera que le llevaría a producir alrededor de 2600 novelitas en formato octavilla de no más de cien páginas.